

Juan Sagredo
Traducción de Francisco de Olivares Murillo (1684)
Memorias Históricas de los Monarcas Otomanos
(Libro IV)
Edición de Fernando Fernández Lanza
Actualización versiculada de Emilio Sola

Equipo CEDCS
fernando.fernandez@uah.es
emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Grandes Fuentes, Fuentes impresas,
Fecha de Publicación: 25/12/2024, 27/08/2025 y 31/12/2025
Número de páginas: 60
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

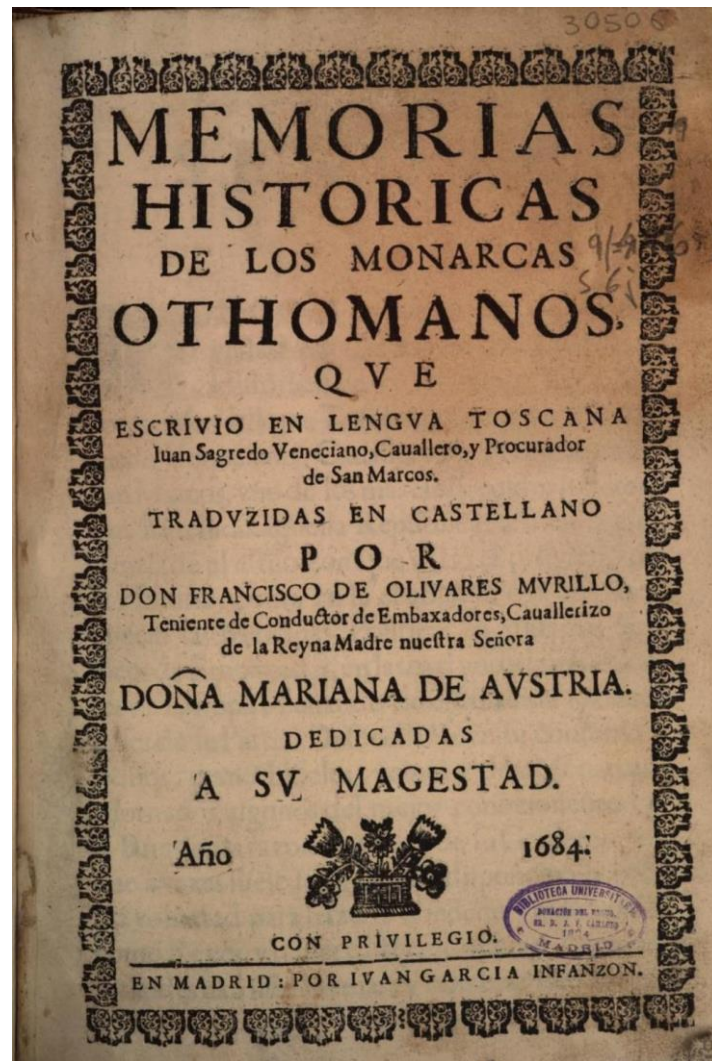


Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del
Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS), bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu



*Memorias Históricas de los Monarcas Otomanos,
que escribió en lengua toscana Juan Sagredo,
veneciano, caballero y procurador de San Marcos;
traducidas en castellano
por don Francisco de Olivares Murillo,
teniente de conductor de embajadores,
caballerizo de la reina madre,
nuestra señora, doña Mariana de Austria.
Dedicadas a Su Majestad.
Año 1684. Con privilegio.
En Madrid, por Juan García Infanzón.*



MEMORIAS HISTÓRICAS DE LOS MONARCAS OTOMANOS

LIBRO CUARTO.

Dejóse ver finalmente Juan Zapullano, prefecto de Transilvania (después de haberle llamado con algunos correos en socorro del rey y de la patria), con las más vigorosas fuerzas de aquella provincia, porción principal de la Hungría, que se componía de treinta mil combatientes. Pero llegó después de haberse hecho desear por la dilatación de las marchas, consumiendo más tiempo del que necesitaba para su viaje, con cuya demostración calificó maliciosa la tardanza, pues llegó a tiempo de recoger los fragmentos del fracasado bajel (que se hizo pedazos en los acerados escollos Otomanos), faltando a su obligación en lo primero por no dejar de asistir en lo segundo al deseo de fabricar su fortuna sobre las ruinas del abatido reino, habiéndole murmurado algunos que se correspondía por medios ocultos con Solimán. Y si fue cierto no es mucho que, embriagado de una conocida ambición, pasase a premeditar elevarse sobre todos.

Los que (como dependientes suyos) eran interesados en sus aumentos vertían las voces de que, armado y guerrero, era capaz de suceder a Luis como de hacer frente a las otomanas violencias, siendo más seguro partido (habiendo fenecido la línea real) elegir un rey húngaro (interesado en la defensa del reino como en la conservación de los nacionales) que no poner los ojos en un príncipe austríaco que, poderoso, podría suprimir los antiguos privilegios y pasarse a gobernar con despótico arbitrio; y más cuando era tan antigua la emulación entre alemanes y húngaros por natural antipatía, cuya circunstancia repugnaba su dominio; y añadiendo a estas expresiones el Zapullano otras de más eficacia, que fueron conciliarse el aplauso general con palabras doradas que atienden los oídos y recogen las manos.

Era entre los varones del reino el de más elevada fortuna y, además del gobierno de la Transilvania, poseía en la Hungría veinte y cinco o más castillos y algunas ciudades libres (en empeño, y eran de algunos barones) desde cuando salió de Transilvania a socorrer la nobleza oprimida del movimiento de los villanos de la Croacia, por lo cual vivía en algunos la memoria del beneficio para el agradecimiento. Y después de haber asistido al funeral del difunto rey (en Alba Julia), con demostraciones de cariñoso respeto y aplauso general de todos los magnates, recibió la corona y la obediencia.

Sintió mal de esta elección Esteban Batori, palatino del reino (unido a la reina viuda y a otros barones de su posición), por no llegar a humillarse a un émulo suyo y reconocer por superior al de su propia edad, con quien tenía notable aversión por antiguas competencias; y, así, esparcía las expresiones siguientes:

Que destruido de los turcos el reino, con facilidad le dominarían a no elegir un rey que tuviese fuerzas adecuadas para resistir al otomano poder y que solo el archiduque Ferdinando podía justamente sustituir al rey Luis, en atención a las mayores conveniencias del reino y, más, siendo inválida la elección del Zapullano, ejecutada con desorden y sin la observación de las leyes por no haber intimado la dieta antecedentemente y ser más plausible poner en el trono al archiduque que (acalorado del emperador Carlos V) sabría con el acero en la mano ganar lo que el rey Juan hubiese usurpado con el dinero, siendo imposible mantenerse este afligido reino (sin conocida desolación) opuesto a un mismo tiempo a las invasiones de Solimán y a las conquistas de Ferdinando; y, más, siendo incapaces por sí solos los húngaros (estando abatidos y abandonados) de hacer frente a los enemigos sin el apoyo de los alemanes.

¿Adónde piensa el Zapullano hallar dinero para mantener la guerra, siendo un profundo gasto que apenas pueden suplirle las minas del Perú y el poder de Carlos V?

A estas eficaces expresiones, agregó el palatino los efectos vigorosos de su aplicación a favor de la casa de Austria. Y habiendo intimado la dieta en Posania, hizo elegir por rey de Hungría a Ferdinando, cuya noticia llegó a los oídos del Zapullano; y aunque aturdido del contratiempo, comprendió que habiendo descartado los húngaros un rey por otro, se podía temer perdido el juego. Y así, con aquellos de su facción, sobre tan grave accidente puso en consulta la deliberación que se había de ejecutar. Y atendiendo los demás, votó el Franchipani en esta forma:

Señor, nosotros hemos colocado a Vuestra Majestad en el solio, (a quien toca, validándose de nuestras armas) establecerse en él con valor y no debe persuadirse a que ha de ganar el reino en pacífica quietud cuando diversamente amenazan las políticas constelaciones, porque una corona no puede ceñir dos cabezas: Ferdinando, que la pretende como hereditaria y aspirará a arrebatarla por fuerza no pudiéndola obtener del libre arbitrio, pues las esperanzas del negociado no permiten adormecida la solicitud (conductora de las prósperas interpresas).

Vuestra Majestad tiene a sus pies treinta mil combatientes que le han venido asistiendo de Transilvania, pase con ellos prontamente al Austria y, así que prevenido, los lances, primero que Ferdinando se arme para la defensa, pues es más seguro

encender el fuego de la casa ajena que extinguirlo en la propia, cuya atrevida acción ejecutada es preciso que desanime a los que siguen el contrario partido y aumente el crédito y reputación de las armas de Vuestra Majestad que, ocupando el país enemigo, pensará solo en recuperarlo más que en conquistar el ajeno dominio. Y entre tanto, con más ventajas se podrán manejar tratados suficientes en las deliberaciones y, perdida la oportunidad, se desvanecerán los intereses de Vuestra Majestad aventurando que se cambie con el tiempo la fortuna.

Estos consejos que universalmente se creyeron saludables para el rey Juan (desacreditados por demasiado acervo de sus pocos consultores), no tuvieron tiempo para madurarse. Lisonjeaban su confianza, creyendo que los que seguían la facción austríaca, por no ver destruido el reino, abandonarían a Ferdinando para incorporarse a Juan y que, con ajustes de buena composición, se podría allanar tan arduo empeño. Pero sucedió muy al contrario, porque los que habían gastado el dinero recibido de la liberalidad del Zapullano, se aplicaron a la adoración de Ferdinando como nuevo sol en el oriente de Hungría, aborreciendo al otro en el ocaso, abandonado casi de todos, como del arzobispo de Estrigonia (que le coronó); y habiendo gozado Ferdinando la coyuntura del presente aplauso como del descrédito de su enemigo, recogiendo considerables tropas alemanas, como húngaras, se avanzó a Buda para echarle de ella. Y mirándose Juan, ceñido antes de asedio que de la corona y falto de fuerzas para defenderse, se retiró con sus tropas recargadas de las austríacas (con pérdida del bagaje y la artillería) hasta Tocay. Y mirándole desbaratado los suyos, le desampararon, conociendo que le abandonaba su fortuna (que es achaque de la naturaleza humana seguir la próspera y apartarse de la adversa, imitando a la sombra que no acompaña al hombre si no es cuando resplandece el sol, durando solo el cortejo hasta que pisa los umbrales del occidente porque le faltó la luz).

Acosado Juan de su destino, cediendo al desastre como a la infelicidad, con poca comitiva, asistido de alguna engañada esperanza, se recobró en Polonia a la sombra del rey, su cuñado, que por no desobligar a la casa de Austria (en el poderoso imperio de Carlos V) se escusó de interesarse en sus dependencias anteponiendo la razón de Estado al parentesco, a que también se juntó la formalidad de la república polaca que no deja al rey libre el arbitrio de empeñarse sin que lo permita la dieta.

Constituido pues en tal desconsuelo, deliberó (con sus más confidentes amigos y con algún polaco de los más allegados al rey) discurrir lo que se podía hacer para enderezar sus torcidos intereses; y, disponiendo

una Junta privadamente, en que asistieron el vicescanciller y Jacome Lasqui, hombre sagaz de espíritu intrépido práctico en la Corte otomana, donde poco antes había renovado la paz como embajador entre la Polonia y la Porta y, estimulado a decir su parecer, dijo así:

Para hallar remedio al mal (si se puede decir) desesperado de Vuestra Majestad, es necesario primero conocerle y después curarle. Nosotros tenemos un rey sin reino, abandonado de los húngaros que le pusieron en el solio, teniendo por enemigo a Ferdinando, asistido de Carlos V, el más temido monarca del siglo presente. A nosotros nos faltan las fuerzas propias como los socorros extranjeros, el dinero y las tropas y todos los medios que pudieran fomentar una esperanza para el establecimiento en el reino, por donde caminaremos para hallar nuestro remedio no pudiendo conseguirlo de los príncipes cristianos (por el respeto que profesan a la casa de Austria), cuando no se han de empeñar por nosotros. Y ya que estamos destituidos de este fomento para nuestro alivio, será bien buscarle entre los infieles recurriendo al gran Solimán que nos ampare. Yo tengo mucha práctica de aquella Corte, como de su generosidad, y creo que no se excusará (por ser deseoso de gloria) de recibir en su protección a un rey, abandonado de la fortuna y de los suyos y, más cuando para resistir a Carlos V no hay otro potentado como Solimán, pues para oponerse a una robusta monarquía es menester otra igualmente formidable.

El mal grande y peligroso necesita también de grandes remedios y, así, recurramos a un rey tirano que nos ampare para una acción, que es la de restituir el reino a un soberano injustamente despojado. Solicitemos un tribunal violento para que nos defienda la razón y justicia que no hallamos entre los príncipes justos. Y pues el sol nos niega sus rayos para nuestra vivificación, acalorémonos a los de la luna cuando tenemos tan poca obligación a la patria (que nos corresponde con desprecio injusto y con ingratitud inhumana) como a los húngaros que, después de habernos ensalzado, nos han despeñado inmediatamente del trono.

Bien sé que ha de sonar mal esta proposición, porque se aparta de los visos de la reputación, y que han de murmurarla los súbditos teniendo por acción desacreditada el recurso a los Otomanos. Pero estas leves objeciones (mirando al infeliz estado en que nos vemos y estamos constituidos) no deben persuadir tanto como la necesidad. Y así, pregunto si sería acción acreditada de juicio caer un hombre en la rápida corriente de un río y dejarse ahogar voluntariamente por no asirse de un leño espinoso y sucio, por temor de maltratarse las manos. La reputación consiste en ser rey y en recuperar el reino y, si llegásemos a volver a empuñar el cetro, cesarían las murmuraciones desapareciéndose como el humo cuando ha crecido la llama.

El vicescanciller dijo su parecer en la forma siguiente:

Nuestro mal es tanto más grave cuanto se mira escaso de esperanzas para el alivio y, así, me conformo en esta parte con el parecer del señor Lasqui, pues no es fácil contrastar (abatidos y desarmados) un enemigo tan poderoso fomentado de los húngaros como acalorado y sostenido de los alemanes. Y en cuanto al remedio propuesto, no puedo dejar de advertir que juzgo y temo que sea peor que la enfermedad. Es cierto que nos hallamos abandonados de la fortuna, pero encaminarnos a Constantinopla es lo mismo que buscarla en el precipicio, no siendo este el seguro tránsito para llegar al solio, sino una senda por donde logremos más aprisa el precipicio en el abismo.

Los príncipes generosos en medio de las borrascas deben gobernarse de calidad, que no se dejen transportar de la tempestad de las pasiones cuando son las desventuras la piedra de toque de la prudencia y de la constancia. Y no porque los húngaros nos hayan abandonado debemos buscar el amparo en los infieles, ni tampoco porque un rey cristiano nos haga la guerra hemos de ponernos en las manos de un bárbaro. Incorporémonos más presto con los enemigos de la casa de Austria que con los opuestos a la fe católica.

[1528]

Vuestra Majestad con esta acción se desacredita, de modo que fácilmente se encontrará con el odio de los pueblos viendo que los quiere hacer esclavos por hacerse rey y dirán, con razón, que la ira vengativa es una víbora que en el parto ha hecho reventar a su madre, que es la patria. Yo quisiera que gozásemos el beneficio del tiempo, que es el que solo se atiende en las más peligrosas enfermedades, puesto que los húngaros que fueron inestables con Vuestra Majestad tienen ejecutado el ejemplar para no ser constantes con Ferdinando y, si nos llegamos a valer de Solimán, terminará el socorro en opresión y tenemos el ejemplo en los príncipes de la Anatolia y de la Croacia, que llamaron a los turcos para su fomento y, viendo enflaquecidos a los dos con la continuación de la guerra, triunfaron del uno y del otro.

No procuremos hacer domésticas estas fieras indomables que son como los tigres y leones que, cuando se llegan mansuetos para acariciar, no ponen la mano sobre las espaldas del patrón sin descostillar y hacer pedazos los huesos y, así, me parece que el antecedente consejo tiene más de vengativo que de piadoso y más de violento que de justo.

Juan Zápolya a través de Jerónimo Lasky pide ayuda a Solimán contra los Habsburgos

Estuvo el rey Juan dudoso algunos días en la determinación (aunque alterado el ánimo a las instancias de la ambición) sobre si debía en conciencia, por su propio interés, ser causa de la opresión de su patria sujetándose a la obediencia de los turcos. Y después de haber contrapesado la materia, recargó su apasionada codicia en la balanza para que pesase más en sus deseos que la honesta razón de cristiano. Y ajustándose al sentir

de Lasqui, le envió por embajador a Solimán, prevenido de grandes regalos para los ministros de más suposición como para las sultanas más favorecidas, prometiendo las más generosas recompensas al respeto de su fortuna.

[1528]

Llegó a presentarse a la Porta el Lasqui asistido de Ludovico Gritti, veneciano (hijo de gran padre, pero tan bastardo en el nacimiento cuanto ilegítimo en sus procedimientos), a tiempo que Solimán (por eximirse de la pesada carga de su obligación en el gobierno y aliviar con el descanso algunas de sus mayores fatigas), recargó los cuidados sobre los hombros de Ebraín, gran visir, tan favorecido suyo que obraba a su voluntad en todos los intereses de aquella monarquía, disponiendo también a su modo el genio del soberano, no habiendo memoria de que, en ningún tiempo, otro alguno hubiese tenido tanta autoridad como él. Y, así, era dominador absoluto del dominante mayor, teniendo su habitación en el cuarto mismo de Solimán, que no resolvía cosa alguna sin el gusto y dirección de Ebraín.

Emiracurt, caballerizo mayor, llegó a conseguir tanta autoridad en la gracia del sultán que lograba largas conversaciones con él. Y habiendo observado el visir esta confiada cercanía (con pretexto de favorecerle, por apartarle de los ojos de Solimán), le señaló un sangiacato en Asia, el más apartado de la Corte. Y gozando Emiracurt de la ocasión que le ofrecían las conversaciones, y de que se hallaba Ebraín en Alepo a determinar algunas dificultades con el embajador húngaro sobre los confines, representó a Solimán le hiciese gracia de cambiarle el puesto por otro más cercano. Y cuando creyó lograrlo, le respondió que aguardase a la vuelta de Ebraín a la Corte, que él le pediría consintiese en el trueque del gobierno. Y con haber vuelto, no pudo conseguir su deseo, siéndole preciso obedecer contra su voluntad y marchar a la parte que le habían señalado.

Era el Gritti intrínseco amigo del gran visir y había crecido su crédito en Constantinopla por razón de haber conseguido su padre la dignidad de príncipe de Venecia y, como hombre de espíritu, consiguió gran lugar en la gracia de Ebraín, quien sin desconfianza alguna le incluía en los negocios más arduos y más importantes manejos de aquella Corte. Por lo cual, consiguió abrir la puerta por donde pudiese entrar el Lasqui a tratar la negociación con Ebraín y representarle la miserable fortuna del rey Juan (precipitado de los propios húngaros que le habían colocado en la silla), oprimido de los favorecidos de la casa de Austria, queriendo juntar el reino de Hungría a tantos como poseían para aumentar los dominios y oposición a la poderosa casa otomana, a quien no podía estar bien consentir que se engrandesiesen tanto las fuerzas de un enemigo

su confinante, siendo acción adecuada a la generosidad de Solimán ser protector del rey Juan para volverle a restituir en el reino con su favor, donde reconocería el beneficio con el agradecimiento, siendo seguro y liberal tributario de la gran Porta.

No desagradó la proposición al visir porque recibía bien las insinuaciones que podían aumentar la gloria del soberano, sabiendo que la división y parcialidades de los cristianos habían sido los más seguros medios para la exaltación de la Turquía. Y habiendo representado a Solimán estos motivos, admitió gustoso la proposición, porque tenía el ánimo siempre dispuesto para acalorar este género de movimientos por las conquistas que podría después lograr (entre el agua turbia de las civiles discordias cristianas) en el reino de Hungría.

[1528]

En este tiempo llegó un embajador de Ferdinando a Constantinopla llamado Juan Oberdasco, acompañado de otro ministro de ropa larga, con la pretensión de que le restituyesen las plazas que habían quitado al rey Luis, su antecesor, ofreciendo amistad segura y dineros de contado en recompensa, pero la proposición no encontró fruto alguno en los Otomanos porque profesan y mantienen saber por dónde se camina con más seguridad para lograr la rapiña que para la restitución.

Habiendo admitido el sultán la humillación del rey Zapullano a la sombra de su amparo y, despedido a los ministros de Ferdinando, les dijo con arrogancia *que la generosidad de Solimán no podía dejar sin protección a un rey fugitivo, injustamente despojado del propio reino, y sin castigo a Ferdinando, ambicioso usurpador de lo ajeno y que, muy aprisa, con los filos de su cimitarra, desbararía todas las controversias que enlazaban y oprimían a su ahijado.* Y habiendo llamado después el visir a su presencia al embajador Lasqui, le notificó cómo el sultán, inclinado al alivio del oprimido rey, pasaría en persona con poderoso ejército a la Hungría para recobrar el cetro y que podría volverse luego a llevar el aviso a su príncipe para que, de su parte, cooperase también para el buen logro de la empresa.

Ferdinando, entre tanto, partió de Buda y se restituyó a Viena, dejando encargada aquella plaza al cuidado de Esteban Batori, palatino, como también los intereses de la Hungría. Volvió Lasqui de Constantinopla y puso en la noticia del rey Juan las circunstancias de su comisión y la palabra ofrecida de Solimán en concurrir a su alivio con el mayor esfuerzo de sus armas. Y en albricias de su agradecimiento, le dio el castillo de Dubanocia y la ciudad de Cesmarca, situada en la margen del río Poprado, en la provincia de Zapolia. Y pasando después

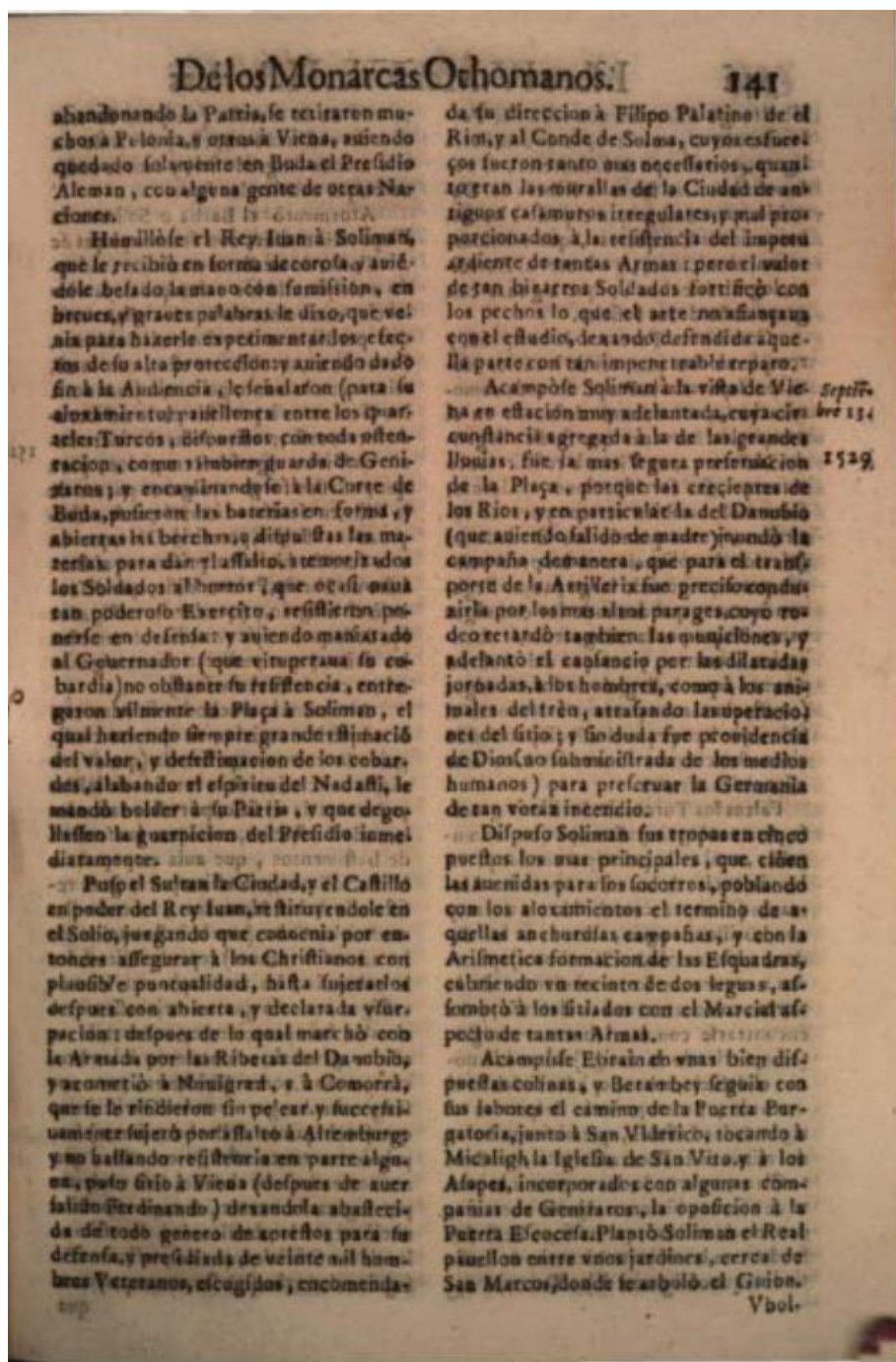
a participar a los de su séquito el rey Juan estos acaecimientos, le subministraron dineros, según la posibilidad de cada uno, levantando también algunas tropas de caballería como de infantería en Polonia para asistirle, que marcharon a orden de Simón Leterano la vuelta de Casobia, a las cuales se agregó Gotardo Cuño y otras escuadras húngaras de su facción; las cuales con el estruendo de las armas despertaron y pusieron en cuidado a Esteban Ribayo y a Tomás de Lezcano, que tenían en aquella parte la dirección de algunas tropas de Ferdinando, quienes con pronta resolución se opusieron a las de Leterano, presentándoles la batalla cerca de Casobia, en cuyo trance quedó desbaratado el Ribayo que, con la fuga, se salvó en las más próximas ciudades con aquellas tropas. Parecióle al rey Juan (noticiado del buen suceso) que se había reconciliado con él ya la fortuna y, habiendo salido de Polonia, volvió armado a la parte de donde había salido fugitivo y, avanzándose a Lippa, le siguieron algunos de su abatida facción para respirar animosos con el deseo de su exaltación.

[1529]

Después de haber esguazado el río Saba, Solimán explayaba su marcha ocupando el territorio hasta Sirmio, inundando los contornos con las corrientes de tantas escuadras (que, en movidas filas de ardientes ondas, parecían las rojas espigas de los turbantes, fruto de aquella campaña), cuyas mieses componían (en doscientos y cincuenta mil combatientes) la fábrica militar de un diluvio animado (en regular aritmética de escuadrones formidables) en que hallaba fácil gobierno la buena disposición.

Esperaba el rey Juan la llegada de Solimán con ricos presentes para rendirle la obediencia como vasallo y, asombrados los habitantes de Buda con la noticia de tan poderosas tropas, acordándose de la antecedente desolación, abandonando la patria se retiraron muchos a Polonia y otros a Viena, habiendo quedado solamente en Buda el presidio alemán con alguna gente de otras naciones.

Humillóse el rey Juan a Solimán, que le recibió en forma decorosa y, habiéndole besado la mano con sumisión, en breves y graves palabras le dijo *que venía para hacerle experimentar los efectos de su alta protección*. Y habiendo dado fin a la audiencia, le señalaron (para su alojamiento) pabellones entre los cuarteles turcos, dispuestos con toda ostentación, como también guarda de genízaros. Y encaminándose a la Corte de Buda, pusieron las baterías en forma y abiertas las brechas y dispuestas las materias para dar el asedio, atemorizados los soldados al horror que ocasionaba tan poderoso ejército, resistieron ponerse en defensa. Y habiendo maniatado al gobernador (que vituperaba su cobardía),



no obstante, su resistencia, entregaron vilmente la plaza a Solimán; el cual, haciendo siempre grande estimación del valor y desestimación de los cobardes, alabando el espíritu del Nádsty, le mandó volver a su patria y que degollasen la guarnición del presidio inmediatamente.

Puso el sultán la ciudad y el castillo en poder del rey Juan, restituyéndole en el solio, juzgando que convenía por entonces asegurar a los cristianos con plausible puntualidad hasta sujetarlos después con abierta y declarada usurpación. Después de lo cual, marchó con la armada

por las riberas del Danubio y acometió a Novigrad y a Comora, que se le rindieron sin pelear. Y sucesivamente sujetó por asalto a Altemburg y, no hallando resistencia en parte alguna, puso sitio a Viena (después de haber salido Ferdinando), dejándola abastecida de todo género de aprestos para su defensa y presidiada de veinte mil hombres veteranos escogidos, encomendada su dirección a Filipo, palatino del Rin, y al conde de Solma, cuyos esfuerzos fueron tanto más necesarios cuanto eran las murallas de la ciudad de antiguos casamuros irregulares y mal proporcionados a la resistencia del ímpetu ardiente de tantas armas. Pero el valor de tan bizarros soldados fortificó con los pechos lo que el arte no afianzaba con el estudio, dejando defendida aquella parte con tan impenetrable reparo.

[Septiembre, 13. 1529]

Acampóse Solimán a la vista de Viena en estación muy adelantada, cuya circunstancia agregada a la de las grandes lluvias fue la más segura preservación de la plaza porque las crecientes de los ríos y, en particular, la del Danubio (que habiendo salido de madre) inundó la campaña de manera que, para el transporte de la artillería, fue preciso conducirla por los más altos parajes, cuyo rodeo retardó también las municiones y adelantó el cansancio por las dilatadas jornadas a los hombres, como a los animales del tren, atrasando las operaciones del sitio. Y, sin duda, fue providencia de Dios (no suministrada de los medios humanos) para preservar la Germania de tan voraz incendio.

Dispuso Solimán sus tropas en cinco puestos, los más principales que ciñen las avenidas para los socorros, poblando con los alojamientos el término de aquellas anchurosas campañas y, con la aritmética formación de las escuadras cubriendo un recinto de dos leguas, asombró a los sitiados con el marcial aspecto de tantas armas.

Acampóse Ebraín en unas bien dispuestas colinas y Berambey seguía con sus labores el camino de la puerta Purgatoria, junto a San Ulderico, tocando a Micaligh la iglesia de San Vito y a los asapes, incorporados con algunas compañías de genízaros, la oposición a la puerta Escocesa. Plantó Solimán el real pabellón entre unos jardines cerca de San Marcos, donde se arboló el Guion. Ubofango Ader, habiendo salido de Posonia con algunas tropas de caballería ligera y un cuerpo de infantería, dispuso unas baterías sobre la ribera del Danubio para embarazar el paso a las embarcaciones turquescas que transportaban municiones y víveres al ejército, logrando echar a pique algunas con grave daño de los infieles.

Corrían los tártaros la campaña y, rompiendo los puentes de los ríos, dejaron separada la plaza de toda comunicación, pretendiendo destrozarse en el campo los socorros que fuesen llegando. No era capaz Viena a resistir tanto esfuerzo sin fortificaciones modernas, faltándole también terreno para las retiradas y, más, cuando los ciudadanos (escasos de aplicación en las prevenciones por haber gozado larga paz) no llegaron a creer que, dejando los enemigos tantas plazas por la retaguardia, se avanzarían al centro y corazón del Austria, además que la llegada de los enemigos (en estación más oportuna a levantar el sitio que a empezar el asedio) había sido circunstancia para no atender a los más esenciales reparos.

Faltos los turcos de artillería gruesa para conseguir paso capaz en las murallas, tenían la principal confianza en las violencias de las minas pero los alemanes (siempre con el oído en tierra y con librillos de agua, además de los dados en los templados tambores), aplicados a reconocer los movimientos de la tierra, como atentos a la defensa para encontrarse con las labores enemigas, (compartiendo la fatiga) daban a la noche el desvelo robando a las tinieblas el descanso para oponerse despiertos al rigor de los infieles, que hicieron volar dos minas en la puerta Carintia y en Santa Clara. Y cayendo las ruinas a la parte de afuera, hicieron alguna abertura, pero no de calidad que no se pudiese defender con la ardiente bizarría de los sitiados, que obligaron a los turcos a retirarse de la muralla (después de tres días de obstinado empeño), dejando en ella mucha sangre infiel y tantos cadáveres, que cubrían los fosos.

Atormentó el bárbaro Solimán la plaza treinta días con setenta piezas de artillería de mediana munición, habiendo multiplicado los esfuerzos de la violencia con veinte obstinados asaltos, en que perdió más de veinte mil soldados. Ferut bajá, no obstante esto, con la cimitarra en la mano guiaba animando a los genízaros a persistir en la deliberada interpresa. Y habiendo hecho introducir en Viena algunos renegados para que pusiesen fuego en algunas partes de la villa, en el mismo tiempo que se reforzaban los asaltos, permitió Dios que, en una surtida, hiciesen prisionero al bárbaro de Ebraín, primer visir, que descubrió el designio y (quedando castigados los delincuentes) se remediaron también los daños (que pudieran hacer algunas minas con su declaración).

Alentáronse mucho los sitiados con la adquirida noticia de que, no consiguiendo en una experiencia (que disponía) la conclusión de la rendida de la plaza, levantaría el sitio por estar tan adelantada la estación, como por la escasez de bastimentos que había empezado

a sentir Solimán, y también por la gran resistencia de los alemanes. Y habiendo llamado a los cabos (con la inflamación de los adversos trances) reprendiéndoles la cobardía, les amenazó con severos castigos en caso de que no mejorasen con el valor las operaciones. Y ordenando un asalto general, acometieron a las brechas como leones africanos para ensangrentar las garras en los cristianos que (rechazando el bárbaro furor) imprimieron tanto estrago en ellos que, atemorizados con el daño, solo tuvieron por segura la muerte, de cuyo asombro nació negar la obediencia a los estímulos de los oficiales, que no pudieron conseguir rehacerlos (con las amenazas) para que volviesen a embestir a las brechas. Y en medio de este porfiado empeño, habiendo tenido un soldado alemán un enfado con otro portugués y remitido a los aceros la satisfacción del disgusto, estrechando los lances de la espada cada uno como quien deseaba la fatalidad del otro, viendo que los genízaros intentaban arbolar sobre la brecha un estandarte, le dijo el tudesco que *sería más gloriosa acción derramar la sangre en generoso duelo contra los enemigos de la religión católica que desperdiciarla sin plausible honor en una pendencia particular*. Y quedando persuadido y corrido de no haber hecho primero este reparo el portugués, tomándose las manos como segura confianza de amistad, se arrojaron adonde estaba más encendido el asalto y, habiendo muerto el tudesco algunos infieles, recibió una herida que le separó el escudo de la mano y la mano del brazo, a cuyo socorro acudió el portugués oponiendo la rodela en su defensa a tiempo que recibió un flechazo en el brazo derecho que le hizo perder la espada, en cuyo frangente iba a descargar sobre él la cimitarra un genízaro para quitarle la vida, a quien mató el alemán antes de ejecutar el golpe. Y mientras quebradas las armas y los corazones enteros, recíprocamente se defendían desmayados con la falta de sangre que arrojaban las heridas (sin desaire del espíritu generoso), exhalaban juntos la última respiración sin perder de vista la ofensa de los infieles.

[Octubre, 14]

Reconoció Solimán el estrago de sus tropas, por cuya causa, como también por lo riguroso del tiempo, levantó el sitio abandonando con gran mortificación la empresa cuando creyó allanar las mayores dificultades para sujetar la plaza. Y fue gran dicha de la cristiandad que el espíritu de este bárbaro quedase desairado a los pies de las murallas de Viena (situada en los confines de la Hungría, antemural de la Germania), rechazado de las armas del emperador pues, si hubiese logrado el tentativo, fuera causa la pérdida de llorar (en perpetua esclavitud la Hungría, el Austria y el rey Juan) debajo del yugo otomano y postrarse toda la cristiandad a un golpe penetrante que hería las mismas entrañas.

Y no pudiendo Solimán desfogar la excesiva ira de su sentimiento contra los alemanes, se vengó en cortar los árboles fructíferos en toda la campaña. Antes de su partida, dio libertad a algunos prisioneros alemanes y, dándoles de vestir y orden para que dijese en la plaza que su verdadero designio no había sido avanzar en el Austria para sitiar a Viena, sino para encontrarse con Ferdinando y decidir con él en campal desafío las pretensiones del reino de Hungría; y que, no habiéndole encontrado, había querido tomar un poco de gusto en ver su constancia. Y que el dejar de proseguir en el sitio era con deliberación de pasar más adelante a buscarle, con ánimo de lograr este deseado combate. Y, sin embargo, retrocedió Solimán con la armada encaminándose a Buda, donde hizo alto algunos días regalado y obedecido del rey Juan, a quien públicamente en acto solemne restituyó el cetro, ordenando a los húngaros que le obedeciesen y, poniéndole la corona (venerada y respetada por ser la misma con que se coronó San Esteban, primero rey de Hungría), le dijo:

Tú has con prudencia implorado mi poderosa protección y, aunque somos de diferente religión, somos iguales en la ley de la naturaleza que nos ha confederado. Y así, pongo en tu mano el cetro, volviendo a entregarte la corona que tiene por santa la estimación de tus pueblos, de lo cual podrás comprender la sinceridad de mi ánimo y la fuerza de mi brazo. Restitúyote también la metrópoli y el reino domado de mi invencible acero, cuyo relámpago solo te hará triunfante de tus enemigos, por lo cual debes reconocer tan gran beneficio como obra excelsa de las armas otomanas.

Y habiendo acabado con esta función, pasó a Constantinopla dejando en Buda a Ludovico Griti con tres mil turcos para que defendiese la plaza de las operaciones de Ferdinando, quien (con la retirada de Solimán) sacó de Viena el presidio (que con tanto garbo la defendió) y, uniéndole a las tropas (que Carlos V le había enviado), juntó un florido ejército (pero no proporcionado a recuperar a Buda, debajo de la disposición de Juan Rojiendorf) para procurar establecer el dominio en la Hungría, cuyo designio, si se hubiese logrado, era bastante a terminar la guerra dejando preservada la casa de Austria por ser el antemural, no solo de la cristiandad, sino el escudo y la fortaleza de los Estados patrimoniales, siendo capaces las fuerzas a enfrenar y limitar la arrogancia turquesca. Pero los socorros de Carlos V no correspondieron a la esperanza ni a la necesidad por las oposiciones francesas, que en sangrientas guerras embarazaban esa otra obligación, cuyas invasiones eran grave obstáculo que le ligaban de forma que no podía obrar con aquella eficacia que pedía la materia,

a que se añadían las circunstancias de tener aquel rey embajador en Constantinopla que solicitaba vivamente a Solimán para que divirtiese las fuerzas del imperio divididas en diferentes dominios, por lo cual no podía asistir a la Hungría con el mayor nervio de sus armas. Y no es dudable que las controversias de estos príncipes hicieron buen juego a Solimán para que (por último) ganase el partido.

Marchó Rojiendolf la vuelta de Buda y, por no dejar por la retaguardia algunas plazas del enemigo, conquistó a Estrigonia y a Bicegrado poniendo sitio subsecuentemente a Vacia (lugar de no mucha consecuencia) y que, después de rendida Buda, era conocida su entrega sin embarazo alguno, en cuyo sitio gastó lo mejor del tiempo dando lugar a que el rey Juan y el Griti (que hacía papel de ministro de los turcos con el rey) aprestasen la ciudad de lo necesario para hacer una gran defensa.

Tomados pues los puestos por los alemanes para atacar a Buda, formaron tres baterías que (atormentando la muralla) con brevedad consiguieron brechas, por donde intentaron a fuerza de armas asaltar la ciudad, pero en la constancia de los sitiados hallaron el escarmiento antes que el buen suceso, siendo la pérdida considerable. Y suspendiendo la deliberación de conquistarla con las armas, resolvieron dominarla por hambre. Guarnecíanla ocho mil combatientes, por cuya razón (siendo el consumo grande) conociendo el rey y el Griti que, a persistir en el sitio, habían de rendirse de hambre (porque ya empezaban a experimentar alguna falta de bastimentos), solicitaron con repetidas instancias a Acmed, bey de Belgrado, para que los socorriese sin dilación alguna por ser muy urgente la necesidad.

No se descuidaba Juan Bansi, palatino de la facción zapullana, en juntar algún número de nobleza húngara, como gente de campo, para refuerzo de los sitiados. Y como se iba encrucecando cada día más el invierno, padecía el ejército alemán las inundaciones de las lluvias continuadas, como también muchas enfermedades, ocasionando mucha mortandad. Y noticiados los alemanes del socorro con que marchaba Mehemed beg (abandonando la circunvalación), se retiraron a las más cercanas plazas.

La expugnación de Buda hubiera sido de gran consecuencia para Ferdinando, pues conseguía apoderarse del rey y del reino, cortando con un solo golpe las controversias con gloria de la cristiandad, pero como las fuerzas de los que sitiaban no eran proporcionadas al número de los defensores, por haberse disminuido en las antecedentes empresas, fue preciso que se arruinase la operación y, más, habiendo consumido

el tiempo (que es de más estimable valor en las cosas de la guerra) en lo que menos importaba.

Llegó poco después Mehemed con el socorro, a quien regaló el rey Juan con ricos dones, recompensando después Mehemed el agasajo en su retirada, dejando (después de haber esguazado los ríos Vago y Nitria) vivas señas de crueldad y de rapiña en aquellos contornos llevando diez mil esclavos, cuya maldad (habiendo llegado a la noticia del rey Juan) no pudo contener las lágrimas, llorando como el cocodrilo el mal que había ocasionado. Envió Ferdinando dos embajadores a Solimán, que fueron el conde Nogarolo Veronés y Josefo Lambergh, acompañados de ricos regalos que hicieron poco efecto en él porque, al principio, temía y estimaba a la casa de Austria (que en el imperio de Carlos V se hallaba en la mayor altura de grandeza), pero cuando reconoció que (en medio de tantas fuerzas y tantos dominios) procuraban incensar su soberanía multiplicando embajadores y regalos para conseguir su amistad (valiéndose de blandas representaciones en lugar de las armas), empezó a despreciar la negociación. Y después de haber recibido los regalos, envió a decir a los embajadores que siguiesen el ejército que marchaba la vuelta de Hungría.

[1532]

Disgustado el rey con el arzobispo de Estrigonia por habérsele revelado dos veces, dio orden a Ludovico Griti que sujetase aquella plaza. Y habiendo tomado los puestos con tres mil turcos, muchos valacos y transilvanos, se alojó casi cerca de las murallas. Levántase esta ciudad (en la margen del Danubio) en sitio montuoso diez leguas de Buda y tiene un castillo no de despreciable resistencia, cuya defensa corría por cuenta de Tomás de Lezcano, español, y tenía mil españoles de guarnición y otros húngaros de la devoción del arzobispo. Y habiendo pasado de los ataques a las baterías, como también a los asaltos, correspondían los sitiados a su obligación con tanto coraje que no dejaban lugar a la esperanza para que persuadiese con alguna confianza a los agresores el rendir la plaza. Desbarató el Griti un refuerzo que venía de Viena para fomento de los sitiados y, aunque había el Corporano (cabo de aquella flota) diseñado arrojarle a entrar en Estrigonia con la ventaja de la corriente del agua para descargar el socorro, como había dos reyes en Hungría, uno acalorado de la cristiandad y otro asistido de la otomana facción, así también los húngaros divididos, como arrastrados de los intereses o de la inclinación, tomaban ya un partido, y ya el otro, y más ordinariamente el que prevalecía con más fortuna, descubriendo los designios de entrambas partes según su ordinaria inestabilidad. Y, así, advirtieron al Griti los húngaros la intención del Corporano y, para embarazársela, dio orden a sus falucas

que se avanzasen a encontrar las alemanas. Y habiéndoles dado la carga, pasaron inmediatamente al abordó en que ganaron los turcos trece embarcaciones y las demás, varando en tierra, consiguieron el salvamento los que las guarnecían con varia fortuna.

Murieron en el trance quinientos alemanes, quedando en poder de los infieles doscientos prisioneros. Y no les bastó este buen suceso para conseguir la plaza, por estar los agresores disminuidos con los accidentes de los ataques. En este tiempo llegó Solimán con poderoso ejército a la campaña moháchana (su favorecida), en la cual los años antecedentes había vencido al rey Luis II de Hungría y, de allí, pasó al castillo de Guinz, defendido de Nicolás Turesic, dalmantino, con tanto valor que (aunque el recinto era de muralla antigua) no pudo señorearle. Y habiendo hecho llamar a los embajadores de Ferdinando, les dijo *que no había venido a hacer una ociosa paz, sino a ilustrar (con alguna famosa victoria) las campañas del Austria* y que podían partir a noticiar a su rey esta respuesta.

Representaron los embajadores a Ferdinando la expresión de Solimán asegurándole de que Ebraín, gran visir, disponía a su arbitrio enteramente de la voluntad del sultán y que los había tratado con gran cortesía, y mucho mejor que a otros que habían ido anteriormente a la Porta. Y que Ayaz bajá tenía el segundo lugar, después de Ebraín, en la gracia de Solimán. Que Mustafá gobernaba los aventureros, componiéndose el aparato de la artillería de trescientos cañones, pero todos de campaña y moderado porte. Resistían los sitiados con grande constancia los esfuerzos de los enemigos, más de lo que merecía el puesto por ser de poca consideración, a que se añadía la presencia de Solimán que alentaba la expugnación, asegurado de que no podría dejar de rendirse inmediatamente. Mandó mudar Ebraín una batería a la parte de mediodía, creyendo hallar por aquella parte menos resistencia, a cuyo calor fabricaron cuatro fuertes para señorear el castillo, pero los sitiados (demoliendo las propias casas) se valían de los materiales para formar traveses y cortaduras para las defensas. Y viendo Solimán que las fuerzas para rendir la plaza le salían inútiles, procuró con blandura y ofertas ganar al gobernador, pero las diligencias no surtieron efecto alguno. Habíanse pasado veinte y tres días y consumido en el sitio la flor de los oficiales, como también infinitas municiones por la continuación de los disparos de la artillería (que hizo más ruido que daño), a que se siguió una salida de la plaza en que perecieron algunas escuadras turquescas, cuyas cabezas pasaron presentadas a Viena y alegraron las tropas del César (que acababan de llegar de Italia),

[1532]

habiendo corrido antes la voz de que eran formidables en número y en calidad.

Perdió Solimán en diferentes asaltos los mejores genízaros de sus tropas y, hallándose también sin quince mil soldados (que había enviado con Casam bajá a despoblar y saquear el país de Linz y considerando tan inmediato el invierno y que no se hallaba con bastantes fuerzas para oponerse a la fortuna de Carlos V), levantó el sitio. Entre tanto Rojiendorf, para aprestar en Viena los cuarteles al emperador (que embarcado en Ala de Isprue, se encaminaba a la Germania), intentó sacar el presidio de españoles y alemanes para alojarlos en los arrabales. Y habiéndose amotinado los españoles con el pretexto de no pagarles, negaron la obediencia a los oficiales y pasó tan adelante la conmoción que el marqués del Vasto y el cardenal de Médicis pasaron de Ratisbona a Viena para sosegar el movimiento, que no pudieron conseguir hasta que el suplicio de Gerónimo de Leyba (como cabeza de esta y otra sedición en el río Adije) serenó la tempestad, quedando reducidos a la obediencia.

Iban llegando a Linz las tropas cesáreas embarcadas en diferentes leños, fiando su transporte al corriente del agua, siendo tan grande la copia de infantería y de caballería que, desde el tiempo de las romanas legiones hasta entonces, no se había visto en aquel país mayor unión de armas. Yace la plaza de Linz en sitio montuoso, áspero y fuerte, por cuya razón se refugiaban en ella los pueblos del Austria en ocasión que las armas otomanas destruían aquellas campañas con la hostilidad de las correrías. Llegó, pues, Carlos V y, descansando poco tiempo, se avanzó a Viena, en cuyo territorio mandó formar las tropas (en una anchurosa campaña) para la muestra general, donde se dejó mirar de todos, vestido a la húngara, para conciliarse el cariño de la nación.

[1532]

Halláronse en el pie de lista noventa y seis mil infantes y treinta mil caballos, sin incluir en este número los criados, pues con ellos llegaba el ejército a doscientas y sesenta mil almas, entre las cuales se hallaban nueve mil infantes españoles que obedecían a don Alfonso de Ábalos y al señor Antonio de Leyba, que se habían señalado en diferentes recuentros, haciéndose estimar de todos y temer de los enemigos. Federico, palatino del Rin, mandaba cuarenta mil infantes, ocho mil caballos, diez y seis mil italianos y diez mil húngaros y, el resto, bohemios, morabios y silesios, guiados de Ardenio y Bernestenio, sin una escogida tropa de polacos que llegaron a la desfilada de orden del rey Segismundo, por no alterar

la paz con los Otomanos.

Toda la Alemania contribuyó para la pública salud lo escogido de sus milicias, compareciendo cada día muchos voluntarios de todas partes, lucidos y bien armados, con deseo de hallarse en las ocasiones que prometían tan formidables disposiciones. Sobresalían en lo bien montadas y armadas las corazas, cuya gallarda resolución miraban con alegría los húngaros, persuadidos a que con la escolta de tanta fortaleza habían recuperado la perdida libertad.

Era grande la copia de artillería que ocupaba el amplio territorio, con la cual quedó el ejército guarnecido y acampado cerca del río para mayor comodidad del transporte de las vituallas, habiéndose obligado a semejante provisión por tres meses Guillermo, hermano del duque de Babiera, mediante el pacto de ciertas condiciones, pero las grandes esperanzas que prometía tan poderoso ejército, se exhalaban en viento y fueron como las salvas de la artillería, mucho humo, mucho estruendo y ningún daño.

Solimán se retira de Viena

Iba marchando Solimán a toda prisa en demanda de la Turquía y con pasos tan acelerados que parecía fuga la retirada. Y es cierto que, si le hubieran seguido, aunque fuese solo con la caballería (según el desorden con que iba haciendo el viaje), se hubiera logrado una considerable victoria para que respirase la cansada cristiandad y, para haberse unido tantas fuerzas con tan lentos pasos, con presteza se deshicieron, no llevando consigo más que el concepto de haberlas temido los turcos antes de haberlas experimentado.

[1532]

Decían los españoles que convenía allanar el camino para que huyese más Solimán y hacerle el puente de plata para que pasase mejor, y que los enemigos eran como las frutas, más sanas cuando van que cuando vienen. No tiene duda que, en esta ocasión, los consejos de los españoles caminaron con pasos flemáticos tanto cuanto Solimán aceleraba su marcha como fuga. Llevó treinta mil esclavos y los que, por enfermos o cansados, no podían seguir el viaje, quedaban degollados por el camino. Y aunque llegó con felicidad a Constantinopla, fue con pérdida infinita, y si no se hubiera tenido por conveniente perder de vista al enemigo que huía y se hubiese aproximado tanto ejército a la Hungría (con dolor universal de Buda y de otras plazas), hubieran recibido las leyes de los cristianos, dejando los Otomanos desamparado aquel florido reino.

Dejóse ver entonces un cometa por espacio de quince días, señal fatal con la cual, al parecer, desaprobaba el cielo la desunión de armas que a tanta costa se habían ligado y desatado con precipicio. Pasó Carlos V a Italia dejando a Ferdinando, su hermano, todas las tropas italianas que, sin dilación, se amotinaron llenando el cristiano país de insultos, con mayor crueldad que lo habían ejecutado antes los bárbaros infieles. Y lamentándose de que no les pagaban, como de que el pan era malo, maldecían al emperador, a la Austria y a la Hungría.

Era fomentador de estos excesos Tito Marcone, cabo de los parmesanos, y cebaba el fuego de la sublevación con la materia de una desesperada impaciencia, de modo que levantó tan grande llama en la relajación de los soldados que no solo saquearon muchas tierras, sino que las redujeron en cenizas, dejando escrito en las murallas la causa que les había movido a ejecutar tan extraños como bárbaros procedimientos. Pero los que se extraviaban de la comitiva de tan sacrílegos delincuentes, perecían a las manos de los alemanes con beneplácito de Ferdinando, que dio orden a todos los lugares de Estiria y Carintia que tomasen las armas para domar las inobedientes tropas, de modo que, entre muertes naturales (causadas de muchas enfermedades en clima diferente y las violentas padecidas en la venganza de los paisanos) perecieron más de la mitad de los soldados. Y desamparando los demás aquellos dominios, huyendo a la desfilada, cargados de trabajos, llegaron a sus patrias con alegría de los Otomanos que, riéndose a carcajadas, hacían burla de las confusiones de los incorregibles desórdenes de los cristianos. Mas no perdamos de vista a Casam bajá que, con diez y seis mil turcos, había pasado (como dijimos) a destruir el país inmediato a Linz, cuya cruel función ejecutó con todos los términos de la más bárbara severidad, consagrando a Vulcano todo aquello que no cupo en la posibilidad del botín, degollando también un convoy de españoles e italianos que había salido de Naistot, en que murió don Fernando Cabrera, hijo del virrey de Cerdeña, y otros oficiales de consideración por no haber observado buena disposición en la batalla. Y habiendo sabido Casam de algunos prisioneros que todo el país estaba puesto en armas para destrozarle, hallándose en sitio pantanoso como embarazado con cuatro mil esclavos cristianos, los mandó degollar al amanecer dejando en la campaña un piélago de sangre y, dividiendo las tropas en dos cuerpos para lograr con más facilidad la retirada, encargó el uno a Feris bajá, que tomó su derrota por estrechas, ásperas como inaccesibles sendas (que ocultaban entre ciegos riscos las sombras de las ramas de un espeso bosque) por donde, después de muchas dificultades, llegó a incorporarse con Solimán. Y habiendo intentado Casam hacer su retirada por el valle de Estarerberg, se encontró

con el conde Palatino que (con doce mil soldados y setenta piezas de campaña y dos mil hombres de armas, puesto en batalla) intentaba disputarle la marcha. Y habiéndose levantado de la inmediata laguna una oscura niebla, les embarazó a entrambos reconocer el acampamento contrario; pero exhalado el vapor y descubierta la campaña, empezaron los áspides alemanes de metal a escupir veneno ardiente en las tropas otomanas que, por redimir el daño de su eficaz ponzoña, doblaron la caballería en la pantanosa laguna. Y no pudiendo moverse (por la tenacidad del cieno) los caballos, echaron pie a tierra los montados y, no obstante, la ventaja de las tropas cristianas unidamente en bien formado escuadrón, con las cimitarras en la mano, se aplicaron a la defensa.

Casam bajá en la retaguardia, acalorando aquel puesto para que se desempeñasen los suyos del estaño, ostentaba con las demás tropas airosamente su obligación distinguiéndose de los demás en las operaciones, como porque traía en la frente del turbante un ala de buitre que le hacía más reparable (y después llegó a manos del emperador),

[1532]

en cuyo trance entregó la vida al desaliento de la fatalidad cumpliendo con la deuda natural de los mortales.

Muerto el general, como también la mayor parte de las escuadras de aquel cuerpo, abandonaron los demás el guion (que consiguió el conde Palatino) intentando con la fuga preservarse del peligro, pero encontrándolos el conde de Lodrone (que había movido sus tropas, avisado del estruendo de la artillería, para socorrer a los cristianos), les cortó el hilo a las esperanzas de su salvamento, pues no quedó hombre que pudiese llevar la noticia del suceso a Constantinopla.

1533]

Toma de Corón por Doria y los españoles

Y mientras en tierra se combatía, no estaban ociosas las armas marítimas porque la española (gobernada del príncipe Doria), habiéndose encontrado con sesenta galeras venecianas (que obedecían al Capelo y al Canales) en los mares del Zante (después de corteses cumplimientos, escusando más abiertas demostraciones por no romper la paz con los turcos), puso las proas la vuelta de Corón (distante cuatro leguas de Modón, al lado izquierdo del promontorio), cuya fortificación triangular baña por una parte la mar y por la otra (llamada la Isla, no muy apartada de la playa, se observa circunvalada de casamuro antiguo, a quien hermocean seis torres de fábrica de aquellos tiempos), en la cual habitan los griegos y en el centro

de la plaza los Otomanos, en cuya marina se deja ver un puerto capaz de pocas embarcaciones. Y habiendo reconocido el Doria aquel sitio con treinta y cinco navíos gruesos y cuarenta y ocho galeras, resolvió sitiar la plaza por mar y por tierra. Y desembarcada la gente, tomaron los puestos (obedeciendo los españoles a don Gerónimo de Mendoza y los italianos a Gerónimo Tutabila y al conde de Sarno) y, con algunas piezas de artillería, dieron principio a maltratar la muralla de la isla. Y aunque las baterías terrestres se componían solo de catorce cañones, ofendían el recinto las marítimas con más de ciento y cincuenta.

Esforzáronse los cristianos por la parte de tierra a poner las escalas para asaltar la muralla por las brechas y, defendiéndose los turcos, murieron trescientos italianos, sin más de cuatrocientos heridos, habiendo logrado por la marina con más fortuna el suceso pues, ejecutado el asalto, desampararon los infieles la muralla entrando a fuerza de armas en la isla los españoles, cuyo empeño atemorizó de modo a los que guarnecían la ciudad que la entregaron con la condición de salir libres las vidas y el bagaje. Y dejando bien bastecida y presidiada la plaza de todo lo necesario, salió del puerto poniendo las proas a Patraso. Y habiendo desembarcado el conde de Sarno, con las bocas de fuego embistió a la ciudad oportunamente. Y no teniendo murallas resistentes, fue fácil sujetarla, rindiéndose poco después también el castillo a pactos, permitiendo a los infieles el pasaje a Lepanto con toda la gente, aunque con exclamación de las tropas cristianas que se lamentaban del Doria porque pretendían el saco y la esclavitud de los turcos en recompensa de sus fatigas.

Atacó consecutivamente uno de los Dardanelos que (en aquel tiempo se llamaba Río) y, no teniendo bastante guarnición ni recinto considerable, con facilidad lo entregaron los que le presidiaban. Y poniendo después las proas al otro (que se llamaba Molicreo), encontraron mayor resistencia, pero abriendo la brecha con la artillería le sujetaron con las armas, degollando en él trescientos genízaros que murieron (con gran constancia) sin querer rendir hasta haber derramado la última gota de sangre. Y habiendo saqueado lo que había dentro, embarcaron la artillería y la entraron en Corón. Y dejándole bien presidiado, encomendó su defensa a Mendoza, empeñando su palabra el Doria (que en caso de que el rey no le socorriese) lo haría él a su costa, en ocasión de atacarle el enemigo.

Los turcos (que con gran sentimiento toleran sus pérdidas) no tardaron mucho en solicitar su recuperación, cuya facción encargaron al Moro (famoso corsario) con orden que se diese la mano

con Solimán, albanés, y asistiesen a la empresa con ochenta galeras. Y habiendo tenido noticias el Doria de este movimiento, envió una galera reforzada a tomar noticia del estado de la plaza como de los designios enemigos y, con ánimo de socorrerla, aprestó dos naves gruesas llamadas la *Doria* y la *Siciliana* y, puesto en ejecución el cumplir la palabra que había dado a Mendoza, quedó socorrido Corón, pero no libre del sitio.

Gerónimo Canales, proveedor de la armada veneciana, hombre de conocido valor y consumado ejercicio en la náutica, recibió orden del senado para que guardase con vigilancia los mares frecuentados de las armadas cesárea y otomana para asegurar la navegación a los navíos mercantes principalmente. Y habiendo salido de Corfú con doce galeras para escoltar algunas embarcaciones que navegaban a la costa de Alejandría, arrebatado de improvisa tempestad, entró en Candia. Y habiendo descubierto el día de Todos Santos, Gabriel Bragadino (que gobernaba los navíos), al poner del sol una escuadra de galeras, creyendo fuese de corsarios, se dispuso para cualquiera contingencia y, reconociendo que era el Canales que volvía de Candia, con deseo de enfrenar las insolencias del corso enemigo, puso las proas a trece galeras que iba gobernando el Moro de Alejandría, el mozo (uno de los principales cabos de la armada otomana que volvía del sitio de Corón y pasaba al África, después de haber abotinado y recorrido las riberas de la Grecia).

[1533]

Y Esforzada la boga (para alcanzar a los enemigos), con cinco galeras de las doce por encubrir el poco número, favorecido de la noche, puso en cada leño dos fanales, uno a proa y otro a popa, y con estratagema, resolución y solicitud (porque los turcos con la fuga no escusasen el recuento) los embistió generosamente haciendo el cañón la primera sangrienta impresión en los enemigos leños. Y llegando inmediatamente al abordó acalorado el incendio de la ira del material artificio, emprendió en las velas y en los corazones tan sobresaliente llama que, en unos, aumentó el aborrecimiento como, en las otras, la ruina. Y esforzando todos el golpe para herir al enemigo, hubo pocos desairados en la demostración.

[1533]

Hizo el Moro de su parte todos los esfuerzos para defenderse y, viendo desesperada la materia, con ocho heridas (desesperado de poderse salvar) se arrojó al agua con ánimo de anegarse antes que verse cautivo de los venecianos que, habiéndole reconocido, le sacaron y pusieron en presencia del general Canales que le consoló diciendo

que, en los sucesos de las batallas, obedeciendo los acasos a las órdenes de la fortuna, no quedaba perjudicado el valor de los infelices, aunque se viesan vencidos.

Murieron trescientos genízaros (que pasaban a El Cairo), mil esclavos y la milicia que guarnecía la capitana y otras cuatro galeras que apresaron los venecianos, habiendo anegado las dos y el restante (aunque destrozado) se salvó con la fuga. Los cabos de la armada (en Candia) con los gobernadores de aquel reino (para apagar el fuego del desdén de los turcos, porque tal accidente no diese fomento a la guerra) remitieron las galeras apresadas al África, recibiendo en Venecia el aviso del suceso con variedad de opiniones por la diferencia de genios con que se discurre en semejantes acaecimientos, no faltando en algunos el aplauso del castigo de los corsarios, como puesto en razón y adecuado a sus excesos, siendo de contrario sentir otros, pues afeaban el arrojo como atrevido y suficiente para que Solimán (protector suyo) emprendiese alguna resolución dañosa a la República. Y habiendo cuidado mucho de la salud del Moro, como de su regalo, después de convalecido le dieron libertad con que pasó a su patria donde, mucho más desconsolado (por las heridas del ánimo que por las cicatrices del cuerpo), acabó en breve tiempo sus días. Los turcos, después de este frangente, apresaron en los propios puertos dos naves venecianas que habían pasado a cargar de trigo.

Embajada veneciana a Solimán

Despacharon los venecianos a Constantinopla al secretario Daniel Ludovico a dar satisfacción de lo sucedido, como también a procurar saber cómo se había interpretado el accidente. Sospecharon al principio los Otomanos que no había sido casual el empeño, sino premeditado y malicioso por secreta inteligencia con españoles, pero asegurados con la relación de los que se hallaron en la batalla, quedaron desvanecidas las sombras que oscurecían la luz de la verdad. Y disimulando Solimán mucho más de lo que le acordaba el suceso (en cuanto agregaba, a este, otros pretextos para honestar la rotura), encubrió el intento con doblada reflexa.

Después de haber socorrido a Corón el Doria (aunque con pérdida de uno de los dos navíos), pasó a Mesina con toda la armada, dejando bien asistida la plaza, manteniéndose los turcos sin embargo en el bloqueo, a cuya causa volvió el presidio a padecer las primeras contingencias. Y cansados de vivir reclusos los soldados, resolvieron morir peleando antes que esperar verse acosados de varias necesidades.

[1533]

Y habiendo entrado a gobernar en lugar del Mendoza, Machacau Novares, procuró estorbar que saliesen a campaña y, no hallando forma de embarazar

el intento, se dejó (por último) llevar de la universal corriente. Y encaminándose con ellos a Asdrusia, con ánimo de atacar improvisamente a tres mil turcos que obedecían a Carán aga, y para lograrlo con más temor de los infieles, pusieron fuego a las caballerizas, pero al ruido que hacían los caballos para romper las cadenas y librarse del incendio despertaron a los turcos. Y habiéndose incorporado para ponerse en defensa, reconociendo el corto número de los cristianos, con facilidad los pusieron en retirada pereciendo en el principio del lance Machacau, como también Acmad (que iba siguiendo el alcance), cuya muerte, y la buena ordenanza de los cristianos (peleando siempre sobre la marcha), fueron la preservación de aquellas escuadras que, con gran reputación, consiguieron entrar en Corón. Pero apenas habían llegado, cuando se embarcaron abandonando la plaza por orden del emperador, deseoso de salir de un empeño que le podría dificultar la paz con los turcos en la Hungría, en cuyo reino murió entonces Juan Bansi, palatino de la facción del rey Juan, circunstancia que movió al Lasqui para representarle; que su restablecimiento se había originado de la confianza que Ludovico Griti tenía con Ebraín (gran visir) y que había favorecido la negociación para el logro de la corona y que merecía una generosa recompensa para mantener bien inclinada la voluntad de un hombre tan acreditado con la Porta, y dispuso que le nombrase no solo palatino, sino gobernador del reino, con aversión de los húngaros que culpaban la elección diciendo que los gobernadores solo se elegían en la menor edad a los reyes pupilos y no a los reyes hombres, experimentados en todas fortunas.

[1533]

Pero no tuvieron lugar las oposiciones porque el rey dejó correr la elección, consiguiendo después los que la contradecían el odio del Griti, como también la muerte en el cadalso, con pretexto de otros delitos.

Llegó Solimán a Constantinopla con la armada disminuida por el dilatado viaje, como por los pasados accidentes, y había hecho aprehensión (con la llegada de Carlos V a la Hungría con fuerzas iguales a las suyas) que su aliento le había inflamado el espíritu para defenderla. En aquel tiempo sucedieron accidentes en el Asia, y particularmente en Persia, que le apartaron de aquella guerra, con que fue preciso retirarse por entonces de la protección del rey Juan, a quien notificó el Griti, de parte del gran visir, que ajustase paces o treguas con Ferdinando porque necesitaban las tropas otomanas (que estaban en aquel reino) pasar a otra parte precisamente.

El estado infeliz como lloroso de la Hungría (oprimido con una guerra civil preñada de homicidios, desolaciones y hurtos), cada instante padecía

más descaecidos desconciertos. Y experimentando que la guerra hace ladrones y que la paz los ahorca, como que los socorros de los Otomanos le habían salido poco seguros (habiéndolos solicitado a instancias de la necesidad para resistir a Ferdinando), admitió con prontitud la proposición del Griti, despachando al arzobispo Colocense por embajador a Carlos V, a impetrar su consentimiento como a suplicarle mediase en esta materia con su hermano, a quien persuadió el emperador para que admitiese la composición.

Poco después llegó un correo de Constantinopla, despachado a Ferdinando, con tratados concluyentes de paz entre Ebraín y el Griti, a quien recibió con agrado al entregarle una carta de Solimán que contenía la siguiente expresión: *Que tenía a Carlos y a Ferdinando por sus hermanos y que había mandado a Ludovico Griti, dijese al rey Juan, que dejase a Ferdinando en la posesión de aquella parte de la Hungría; que gozaba consintiendo en ajustes razonables de paz.* Y no siendo esta exposición disonante a la inclinación de Carlos V, ni de los húngaros, ni de aquello que antecederamente se había discurrido, volvió el chاوز o correo a Constantinopla, regalado de diferentes alhajas y con respuesta de haber admitido la interposición del sultán, siendo por este camino árbitro de la guerra y de la paz (con risa de algunos príncipes cristianos) entre los dos reyes, con las siguientes condiciones.

Que cada uno de los dos conservaría el título de rey, y Juan la porción del reino que dominaba durante su vida y, después de ella, pasaría a la obediencia de Ferdinando o a sus legítimos herederos y sucesores.

Y en caso de que Juan tuviese varón, le cedería Ferdinando la Transilvania con todos los castillos patrimoniales que su padre poseía en la Hungría, con la cual, y con el abandono de Corón (por apartar este obstáculo de la paz), quedaron en calma (por algún tiempo) las tempestades de Hungría.

Estas condiciones se recibieron (como bien común) entre los húngaros de uno y otro partido, pero con el pacto de que se tuviesen secretas porque no llegasen a la noticia de Solimán, y en particular la mencionada, en caso de que el rey Ferdinando muriese sin hijos.

[1534]

La batalla de Formentera y los corsarios Barbarroja

En el mismo tiempo que las armadas otomanas flagelaban la tierra, también las de los corsarios dominaban los mares, haciendo en ellos presas considerables. Y sabiendo Rodrigo Portundo (general de las galeras españolas en los mares de Cataluña) que quince galeotas turcas estaban abrigadas en la isla de la Formentera, escogiendo ocho suyas

bien reforzadas y guarnecidas de gente (que le dio el gobernador de Ibiza), salió en su busca. Y al descubrirlas los turcos, conjeturando el cristiano designio, salieron a recibirles ambiciosos de encontrar la batalla. Y observando Juan, hijo del general, con un anteojo la superioridad del número de las infieles embarcaciones, puso en la consideración del padre la ventaja que les tenían y el riesgo de aquella resolución, anteviendo la esperanza del mal suceso. Y su padre, encendido del ardor de su arrojó, le trató de cobarde diciendo que degeneraba de quien era, pues mostraba alientos indignos siendo cristiano caballero.

Gobernaba Aydino de Esmirna aquella escuadra y, observando el desorden de las galeras españolas Asán Celebi y Solimán (capitanes de conocida experiencia), como también que la capitana del general se había propasado con exceso de las demás que la seguían, escogiendo cuatro de los más bien dispuestos leños, la embistieron con tanto ímpetu (por la proa y por la popa, y las medianías) que la sujetaron (antes que las demás la pudiesen socorrer), haciendo pedazos al general y a los que la guarnecían. Y habiendo ganado el estandarte real, acrecentados de confianza los infieles cuanto abatidos de ardor los cristianos, pusieron las proas a las demás consiguiendo apresar las dos de Juan Vizcaíno y Mateo Sánchez. Y entre las que procuraron salvarse con la retirada, varó en un escollo la de Juan de Córdova (que se fue a pique después de haber salvado la gente) y no falta opinión que asegure que pudiendo salvarse este valiente capitán, quiso sacrificarse a una dura esclavitud primero que entregarse a una desairada fuga. Pudiera resultar de la leyenda de esta narración algún problema sobre si han contribuido más en las victorias otomanas el coraje de los infieles o la temeridad de los cristianos (por no haber hecho jamás aprecio de la desigualdad), solicitando llegar a las armas con notable resolución.

Desvanecido Aydino con el victorioso suceso, entró en Argel con la presa dando un buen día a Barbarroja, que envió a Solimán parte de la presa y el estandarte del general español, que recompensó con el vasallaje del mar.

Tomó el nombre de Ariadeno por diferenciarse de Orucio, su hermano, que se llamó Barbarroja, desestimando ser heredero del nombre, aunque lo hubiese sido de la fortuna. Fueron las pruebas de Orucio famosas en todos lances, pues desempeñó su obligación airoosamente con felicidad en ellos (aunque sus principios traen el origen de nacimiento oscuro), logrando en África diversas empresas como el solio en Argel

(como diremos en su lugar).

[1534]

Es la sed del ambicioso semejante a la del oro, que cuanto más se posee, tanto más se desea recoger. Intentó Solimán, a un mismo tiempo, dilatar en dos partes sus dominios haciendo guerra al persa Atamas, hijo del grande Ismael, como también al África por la mar, ocasionando esta deliberación las discordias del emperador Carlos V con franceses, que le facilitaron los designios, siendo el movedor de este empeño en el África Ariadeno, llamado Barbarroja por el sobrenombre de Orucio, su hermano, que poseía en la Numidia, próxima a la Mauritania, el reino de Argel, conquistado con famosas victorias, con las cuales se hizo temer de los confinantes y estimar en Constantinopla.

Fue el origen de estos dos hermanos muy desairado. Y habiendo nacido en Mitilene, empezaron a navegar con una fusta y, sujetando algunas embarcaciones debajo de la disciplina de Camali (llamado el corsario), aumentaron con las presas el número de las embarcaciones, como la felicidad y la fuerza, encontrando en Argel la próspera ocasión de sus aumentos en la obstinada guerra civil de los dos príncipes africanos, hermanos, que disputaban con las armas el mejor derecho de la corona.

[1534]

El rey (mayor de edad) recibió en su servicio a Orucio (que, con gruesas tropas de arcabuceros, contribuyó para el logro de algunas victorias que ganó al hermano) que, conociendo sus fuerzas, comprendió también la flaqueza de los árabes y moros pues, guerreando desarmados y sin conocimiento de la disciplina militar, atendían solo a las enemistades y discordias entre ellos. Y abrazando la coyuntura como rompiendo la fe al rey, haciéndose de estipendiario enemigo declarado, le venció en batalla. Y manejando con el pueblo la fuerza y la destreza, como después la crueldad, conquistó para sí el reino y le dilató, desposeyendo de aquel vecino país al señor de Cherchelo (lugar que en otro tiempo se llamó Colonia Cherchena, veinte leguas de Julia Cesárea hacia poniente, donde aún viven antiguos vestigios de la magnificencia romana en un acueducto artificioso y en un amplio puerto) y, manejando las armas de concierto con el hermano que gobernaba las marítimas, asaltó a Bugía, poseída de españoles. Y reducido a extrema necesidad el presidio, no se apartó del sitio hasta que de un golpe le cortaron la mano derecha, que mandó después hacer de hierro, y la manejó con prosperidad en diferentes batallas. Y aunque los de Argel llamaron a don Diego de Vera para que los socorriese habiendo reforzado sus tropas, quedaron destrozadas y hechas pedazos. Y, no obstante, el haber desembarcado don Hugo de Moncada

(con sus escuadras) en socorro de don Diego, atacando a las de Orucio, quedó desecho y maltratado (por la ventaja de los enemigos) con la precisión de volverse a embarcar, cuyo desorden creció con el riesgo de una repentina borrasca que ocasionó dar algunas embarcaciones al través. Y procurando salvarse la gente del naufragio, encontraban la muerte en los aceros enemigos y, los más, bien librados, el remo en las galeras infieles.

Estas prosperidades llenaron de bárbaro coraje el corazón de este infiel, ensoberbeciendo con ellas la mayor esperanza para otras empresas, pues no solo se contentó con echar del reino de Tremecén al rey, sino que movió las tropas contra Orán y Puerto Magno (llamado ahora Mazalquivir), que estaban guarnecidos de españoles. Pero en un momento alteró contra sí las armas de los cristianos y las de los moros, como también la fortuna que, cansada ya de traerle sobre los hombros, le dejó caer en el precipicio vencido y fugitivo (en aquella ocasión) por los desiertos, solicitando salvarse. Pero habiéndole encontrado la caballería con algunos que le seguían, miserablemente los degolló, cuya noticia despertó (en los pueblos cristianos) algún alivio y, particularmente, en los que comerciaban por la mar pues creían que, habiendo perecido el rey de los asesinos, era forzoso que también se arruinase el restante del infame partido, quedando los mares en tranquila seguridad.

Ariadeno, tan feroz como su hermano, por aclamación de los soldados fue heredero del reino, de los robos y de la ambición de Orucio. Pero no satisfecho Ariadeno con las conquistas logradas, sediento de mayores progresos, empuñó las armas con los moros unas veces y otras con los árabes, mezclando con la guerra, la paz y las treguas, cuando era de su conveniencia. Y habiendo acrecentado las fuerzas marítimas con algunos corsarios (que siempre hay abundancia de malos que substituyan a los peores), corrió las costas de España, Mallorca y Menorca logrando en los anchurosos designios siempre particulares favores de la fortuna. Hizo quitar la vida a traición a Mehemed, árabe, capitán de esparcida buena opinión, y Boncade (el más nombrado de aquella nación, combatido de él otras veces) necesitó para salvarse internarse en los bosques. También en la mar le acaloró la mayor suerte, pues logró con prosperidad gran parte de las batallas que tuvo. Peleó a vista de Cerdeña con don Diego de Moncada, habiéndole embestido de noche con tanta ferocidad que, perdiendo algunas galeras, tuvo a gran fortuna salvarse herido con la fuga. Y continuando algunos progresos, apresó navíos (venecianos, sicilianos, napolitanos y genoveses)

en tanta copia que se ostentó formidable en los mares a los que conocieron sus humildes principios. Demolió el castillo que predominaba la ciudad de Argel, cuyas ruinas precipitadas en la mar ampliaron el muelle, dejando más bien dispuesto y acomodado el puerto de aquella plaza. Solimán, que hacía estimación grande del valor y que tenía falta de hombres experimentados en la marinería, envió a mandarle que tomase su servicio y Ebraín, gran visir, y los demás bajás le escribieron aconsejándole que no perdiese tan buena ocasión para sus aumentos cuando el sultán hacía elección de su persona, que era la mayor fortuna que le podía suceder. Y, en particular, Sinán bajá aseguraba que no había otro hombre en los dominios de Solimán que pudiese competir la experiencia del Doria como Barbarroja y tomó a su cargo embarcarse y solicitar llevarle a los pies del sultán.

[1534]

Recibió Barbarroja a Sinán con grande estimación y honor cariñoso y, resignado a la voluntad del gran señor, le dijo que después de la audiencia que esperaba tener con Solimán, le había de dibujar planta segura (en demostración real) para conquistar toda la África por hallarse discordes los cristianos, flacos de espíritu y sin gobierno los árabes y los moros. Y dejando encomendado su hijo Asán a la buena ley y gran confianza de Aji y de Ramatá Calebino, sus fieles amigos y vasallos, salió de Argel con cuarenta y tres leños, entre galeras y fustas. Y habiendo encontrado por el viaje algunos navíos genoveses que pasaban a Sicilia a cargar de grano, después de ensangrentada oposición, los rindió mandando ponerles fuego, habiendo expuesto en el trance al mayor riesgo a Dilesuf, su colega (atrevido corsario), con estudio particular de que pereciese en la ocasión para hacerse dueño de su dinero (que tenía mucho) como de la galera y esclavos suyos. Y habiéndolo logrado todo con la muerte de Dilesuf, puso las proas a la isla de la Elba o Portolongón y, sujetando al castillo de Ríos, puso en cadena la guarnición. Y cargado de fama como de botín llegó a Constantinopla donde, a pocos lances, consiguió el afecto de Solimán con ricos presentes de muchos mancebos de poca edad y doncellas ricamente ataviadas, leones pardos y otras africanas fieras. Y estaba tan acreditado con él que, cuando hablaba de Berbería o de los cristianos, no se atrevía alguno a poner duda en lo que decía. Pero la envidia (que es compañera indivisible de la virtud generosa), mirándole próximo a conseguir el almirantazgo del mar, concitó oposiciones a su exaltación vertiendo en voces vagas el veneno de la contradicción que expresaban que no merecía semejante dignidad el ajamiento de ponerla en manos de un famoso ladrón. Y que las conquistas de África eran obras de poco crédito cuando solamente

se lograban con traiciones, añadiendo a esto el decir que había sido perseguidor indiferente de cristianos y mahometanos. Y que, siendo hijo de padres griegos, no se podía certificar la religión que profesaba; además que no faltaban en Turquía personas más honestas y beneméritas en quien depositar tan soberana dignidad.

Estaba Ebraín en Alepo a las disposiciones de la guerra de Persia, cuya protección le hacía falta para desvanecer los nublados con que pretendían sus émulos perturbar sus esperanzas, por lo cual resolvió buscarle considerando que sus designios se aventuraban faltándole el apoyo del visir, con quien supo también expresar los motivos de su negociación y la facilidad de las conquistas de África que, con una carta que escribió a Solimán, dispuso agregarle al número de los bajás por ser hombre de tanto valor y habilidad. Tenían tanta fuerza, con el sultán, las recomendaciones de Ebraín que eran leyes inviolables en su estimación para ejecutarlas, como obedecidas antes que concederlas como súplicas, pues apenas leyó la carta, cuando le hizo merced del cuarto puesto de los bajás con el almirantazgo de la mar, entregándole el mismo Solimán el estandarte real, la cimitarra y la veste, animándole a corresponder de modo con acciones valerosas y atrevidas que desempeñasen su obligación. Y despedido del monarca, pasó al tarazanal acompañado del aga de los genízaros y de otros más graduados, donde le entregaron ochocientos mil sultaninos de oro (que son escudos con poca diferencia), con los cuales dispuso sin dilación la armada. Y asistido de ochocientos genízaros para su guardia, zarpó saliendo del estrecho de Galípoli con ochenta galeras y algunas fustas. Y poniendo las proas la vuelta de Italia (dejando a Amurates con otras doce galeras para que se incorporase con los navíos y transportasen de Europa al Asia a Solimán con el ejército, que se encaminaba a Persia), le ordenó que pasase después a unirse con él al puerto de Modón.

Pasó Barbarroja el Faro de Mesina ocasionando con su armada notable temor en aquel reino y, avanzándose a la Calabria, asaltó en aquella ribera a Santo Lucito. Y dando vista a la isla de Capri, puso en cuidado a Nápoles con las desolaciones de aquellas playas. Y de allí se dejó ver en Terrachina, cuyos habitantes abandonaron el lugar huyéndose a la montaña, dejando en él los enfermos, a los cuales (porque no se viesan atormentados de sus males) mandó degollar en las propias camas, permitiendo también el saco de las iglesias.

Pasó a Roma el estruendo de los estragos turquescos, cuyo escándalo abrió camino en la resolución de Su Santidad para reclutar las milicias puestas en arma en defensa de las marinas. Y aunque estos accidentes

ejecutados amenazaban también en otras partes a las costas de Italia, eran mañosamente políticas disposiciones que había estudiado el único designio de su aplicación para engañar a Mulease, rey de Túnez (con tan dilatada navegación), para asaltarle después improvisamente.

Fue este rey hijo de Mehemed, que dominó treinta y dos años y tuvo veinte y dos hijos varones y un hermano primogénito (llamado Maymón), a quien en virtud de la ley de mayoría pertenecía la sucesión del reino; pero Lentjesia, madre de Mulease, sobornando a los ministros de Mehemed y acariciando al marido en las últimas aflicciones de la vida (en las cuales ordinariamente suele faltar el sentido), o fuese molestándole con ruegos o engañándole con mañosas lisonjas, consiguió que dejase por heredero del reino a Mulease.

Hallábase Maymón (atrevido soldado), aprisionado entonces por sospechas que concibió su padre de que solicitaba levantarse con el reino. Y mientras (con su muerte) creía subir desde la cárcel al trono, pasó de la prisión a la sepultura por comisión de Mulease, que le mandó quitar la vida juntamente con algunos hermanos suyos, y la vista a otros, porque ni aun de lejos pudiesen mirar la altura del solio. Solo Roscetes (que habitaba con la mujer y los hijos fuera del castillo) tuvo tiempo de salvarse con la fuga sin que le comprendiese la fatalidad de los hermanos. Y asistido de algunos príncipes árabes, se puso en campaña contra Mulease. Y habiendo llegado a las armas en campal batalla, quedó vencedor, aunque a precio de mucha sangre, cuyo suceso le persuadió esperanzado que había de lograr ser rey de Túnez. Pero habiéndose retirado a la plaza el derrotado Mulease, asegurando con su presencia la ciudad, le desvaneció la confianza a Roscete que, airado con los ciudadanos como con el pueblo, abrasó (en venganza) todas las casas de campo del territorio de Túnez; cuya cruel acción ofendió a todos de modo que, unidamente, enviaron a pedir a Barbarroja que los socorriese y le darían en recompensa a Bicerda.

Yace esta plaza sobre la margen de una laguna, o estaño, en la cual entrando las aguas de la mar con el reflujo, mezclándose la salobre con la dulce, forma un puerto capaz para dar fondo navíos gruesos (apartado de Útica o Puerto Farina diez leguas). No tardó Ariadeno en pasar con la armada y, trocando el socorro en opresión, se apoderó de Bicerda. Y queriendo hacer lo mismo con La Goleta, respondió la guarnición que se rendiría al que dominase a Túnez, de quien precisamente había de depender. La llegada de la armada turquesca a la vista de Túnez y la conquista de Bicerda, como también las amenazas de Roscete, en que expresó a los turcos que, si no echaban de la ciudad al rey Mulease, con el apoyo que tenía de Solimán se haría dueño de sus vidas y de sus haciendas

y ejecutaría en todos sangrientos y crueles castigos.

Estos motivos ocasionaron el movimiento de una sublevación y, no teniendo Mulease de quien fiarse para su seguridad, temiendo caer en las manos del irritado hermano, o en la de los turcos, salió de Túnez, en cuyo abandono se revelaron dos renegados españoles, Abece y Fetuche de Aragón, tomando el partido de Barbarroja, ejercitando el primero el magistrado principal de la ciudad y el segundo tenía a su cargo el castillo. Y habiendo este dado libertad a un hijo de Roscete (aprisionado antes por Mulease), vestido en hábito real le puso en la silla, dejando libres también a otros corsarios turcos enemigos del fugitivo rey que los tenía presos. Abece envió un caballo a Barbarroja para que pasase a Túnez, ofreciéndole que persuadiría a los pueblos para que le recibiesen sin obstáculo alguno como también que saldría a recibirle y a franquearle las puertas. Y viéndose Ariadeno tan favorecido de la fortuna, pues conseguía que voluntariamente se le ofreciesen los reinos, desembarcando la gente y puesto a caballo marchó con cinco mil turcos a la puerta de Túnez, que se da la mano con el estaño y con el tarazanal. Y habiéndole recibido con aplauso cariñoso en el pasaje que hizo por la ciudad para llegar al castillo, no se oían otras voces que las de viva Solimán y Ariadeno. Pero habiendo hecho reparo en que no venía en aquellas tropas Roscete, príncipe nacional, a cuya instancia habían negado la obediencia a su hermano Mulease, tanto más se acrecentó el rumor y la murmuración por haber corrido voz de que le habían dejado preso en Asia.

Mesuar, hombre de valor, de autoridad y elocuencia (en la estimación de los moros), afeando que hubiesen hecho semejante traición a la patria en sujetarse a crueles corsarios, uniéndose a los más celosos y apasionados de la nación, pasó con ellos y con alguna gente a las partes más públicas de la ciudad (de donde despachó un propio a Mulease para que se acercase a Túnez en cuanto hacía el mayor esfuerzo para disponer el pueblo a su favor) y, hablando públicamente a toda la multitud, declaró el engaño diciendo que, con el pretexto de recibir a Roscete en el dominio, trocándose la escena, no vivirían jamás sujetos a reyes naturales moriscos, sino como esclavos de los sultanes turcos. Y supo también exagerar la diferencia entre la libertad y esclavitud del príncipe natural al forastero, que la vehemencia de la representación les obligó a todos a gritar (con las cimitarras en la mano) diciendo: ‘arma, arma’; y, acometiendo a los turcos, degollaron a los que se les pusieron delante haciendo vivas instancias para que volviese Mulease que, con Dorace, otro cabo de autoridad, estaba en unos jardines (no lejos de Túnez) atendiendo las resultas del movimiento de la plebe; cuya desordenada

y mal armada multitud, confusa y atropelladamente, se encaminó a la fortaleza con ánimo de asaltar el castillo de afuera, llamado Barbasbeco.

[1534]

Y aunque los turcos arbolaron el estandarte con ánimo de defenderse, considerando tan gran conmoción y la novedad del accidente no esperado de tan feliz principio y, conociendo que no se podían mantener ni resistir mucho tiempo contra las violencias de tan grande pueblo injuriado sin municiones y bastimentos, pusieron en consulta lo que se había de resolver.

Y un renegado español llamado Ramadá, aplaudiendo a los constantes y animando a los descaecidos, hizo plantar una pieza de artillería en lo más alto de la fortificación y dispararla a la parte donde estaba lo más espeso de la gente, donde hizo mucho daño, cuyo estrago atemorizó con facilidad al pueblo y lo desbarató, siendo en él muy ordinario descomponerse con cualquiera peligro.

Ariadeno conocía, por una parte, el riesgo porque le faltaba lo necesario para la defensa y, por otro lado, tenía gran confianza del valor de los suyos y esperaba que, por último, habían de vencer la impetuosa locura de un vulgo inestable. En este tiempo, llegaron Mulease y Dorace con gruesas escuadras de árabes que acalararon el movimiento, refrescando las operaciones con que se animaron los de Túnez. Estaba en el castillo otro español renegado, llamado Málaga (natural de Granada), valiente como experimentado en la guerra por haber servido mucho tiempo debajo de la mano del conde Pedro Navarro y del marqués de Pescara y, encarándose con Barbarroja, le dijo:

Señor, qué hacemos negligentes, sin considerar lo que nos falta para nuestra conservación cuando no deben temer la muerte aquellos a quienes le falta el modo de vivir. Los enemigos, con la continuación de los asaltos, han de dominar por último las murallas y quedaremos esclavos de los vencedores en caso de que nos dejen las vidas.

[1534]

Tomemos una buena resolución, que la fortuna siempre asiste a los atrevidos consejos como a los bizarros pechos en los peligros. Y si son muchos los enemigos, no están todos armados además que, ordinariamente, suele tener su imperio la confusión en la multitud.

Salgamos de este recinto a encontrarlos, que las acciones resueltas, cuanto menos esperadas, atemorizan mucho más. Y en vez de resistir los asaltos, acometámosles intrépidos, aunque nos juzguen abatidos, pues es más airoso morir en libertad que vivir encerrados en esta débil fortificación. Además, que la desesperación tiene también sus milagros

y sabe hacer leones fieros a los más tímidos conejos.

Salgamos generosamente haciendo ostentación de nuestro valor y ataquemos al monstruoso cuerpo de tanto vulgo desunido, pues solo es este el único medio de nuestra preservación.

Oyó Barbarroja con atención al renegado, así por las vivas razones de su expresión como por ser de su genio los animosos consejos. Y alabando la proposición, animó a los suyos, poniendo en ordenanza las tropas para atacar a los enemigos. Y en buena disposición salió por dos puertas y, embistiendo con los sublevados por tres partes, murió en los primeros lances Mesuar, cabeza de aquel movimiento, cuya pérdida los atemorizó de modo que, en un instante, se desvaneció el nublado que ocasionaba la tempestad, continuando por las calles el estrago las tropas de Ariadeno hasta que el cansancio, el calor, la sed y la noche promediaron en el empeño.

El rey Mulease (viendo desesperado el suceso) se salvó en Constantina (silla real de la Numidia) acalorado de la caballería de Dorace, cuya retirada a vista de la muerte de Mesuar, dejó sin protección al pueblo, que abrió el camino para manejos de paz y admitió Barbarroja, teniendo por más acertado sujetarlos con la quietud que castigarlos armados. Y habiéndose empezado (por una tregua), se concluyó después la paz, en la cual los inclinó a la obediencia de Solimán representándoles que era príncipe humano y piadoso, y no cruel como los reyes moros. Y usando en los principios actos de cortesía y clemencia, con facilidad los dispuso a la resignación de las leyes otomanas.

Explayada la noticia de la sujeción de Túnez, cabeza del reino, obligó a las demás plazas (como dependientes suyas) a seguir su ejemplar de modo que, sin sangre y solo con el estruendo de las armas de la reputación, se humillaron las terrestres y las marítimas a la fortuna del vencedor, poniendo en la torre de La Goleta en mejor disposición las fortificaciones. Y, ensanchando el muelle, restauró algunos edificios maltratados de la disimulada enemistad del tiempo, poniendo todo cuidado en regir en la paz lo que había conquistado en la guerra. Pero pasemos al reino de Persia, en cuyo dominio ensanchaban las hostilidades los turcos (que siempre se ceban y jamás se satisfacen de conquistas) por haber muerto Ismael sofí, gran rey (en edad de cuarenta y cuatro años), dejando cuatro hijos y el imperio al mayor (llamado Atamas), tan heredero de la bizarría del padre como del odio contra los Otomanos, pues le mostraba con las armas (en continuadas correrías que ejecutaba en el país de Diarbec, pasando el Éufrates, para ocasionarlos

a mayores sentimientos con la desolación de aquellos contornos).

[1534]

Ebraín y la campaña de Persia

Tenía Ebraín visir persuadido a Solimán a que volviese al oriente con sus armas y, oprimiendo al persa (a quien tenían ganado los ministros del imperio), quitaba el embarazo para las disposiciones de Hungría. Nació Ebraín en Butintro, en la Albania (aldea sujeta a la Parga, del veneciano) de padres sin nobleza, a quien entre otros muchachos del tributo condujeron a Constantinopla, donde le hicieron renegar por fuerza, pero conservaba la inclinación a la católica fe, bien que la política y los intereses le tenían arraigado en la turquesca. Hablaba y escribía algunas lenguas y manejaba (con primorosa destreza) las consonancias de algunos instrumentos. Era de espíritu pronto y vivo. Y habiéndosele dado el sultán Bayaceto a Escander bajá, este le presentó a Solimán, en cuyo genio (siendo de una misma edad) se cultivó su fortuna, o fuese confrontación de estrellas, o confianza que labró la comunicación, pues llegó a ser absoluto dueño de la monarquía y disponía a su arbitrio los mayores intereses de ella, pareciendo competidor más que ministro de su príncipe. Y habiendo pasado por diferentes puestos inferiores, llegó a ocupar la suprema dignidad de visirato. Sentía internamente las opresiones de la cristiandad, por lo cual hacía instancias a Solimán diciéndole que era superfluo gastar las armas y fuerzas de la monarquía con los infieles cristianos cuando estaban tan perseverantes en sus discordias y se consumían entre sí mismos. Y que, imitando a sus progenitores (que habían desolado enteramente a los mamelucos), debía ponerse en el paraje de conseguir la gloria de abatir a los persas (autores de la superstición destruidora de la ley de su profeta Mahoma) y, para animar las milicias al deseo de los daños de aquella nación, dispuso la materia de modo que el muftí hiciese una declaración nueva, y no practicada antes en las guerras anteriores, siendo costumbre observada que en las victorias se tratasen más humanamente a los persas que a los cristianos, pues ni les quitaban las haciendas ni les hacían prisioneros de guerra. Decretó el muftí con positiva tendencia que, como obstinados herejes, quedasen sujetos al desvalijamiento y al cautiverio.

No deseaban esta guerra la madre y la favorecida de Solimán. La una porque le amaba como a hijo y la otra porque no le quería ausente de sus confianzas estrechas. Y, así, le insinuaban que eran las guerras orientales poco favorables a los Otomanos por lo difícil del viaje como por el mal temperamento del aire,

ocasionado a perder la salud. Y en medio de estas representaciones, prevalecieron los consejos de Ebraín que, destilándole pensamientos marciales de las jugosas esperanzas de las propuestas conquistas (sediento de aquella gloria), bebió el néctar de la suave miel de la confianza apartándose del planeta más hermoso por el planeta más fuerte.

[1535]

Instigado (a solicitud de Ebraín) Mulearbe de Damasco (famoso adivino), aseguró a Solimán grandes triunfos en aquella jornada. Y también Ulamano, persa (forajido de su patria y amparado de la Porta), facilitaba (por negociación del visir) y ofrecía al sultán grandes victorias. Ordenados, pues, los sacrificios decastrados a Mahoma y habiendo cumplido con otras supersticiones (con las cuales presuponen los Otomanos haber purgado los pecados en la mezquita), pasó con el ejército a Licaonia y Agogña por camino diferente y más breve del que hizo Selín, su padre. Y habiendo entrado en la provincia de Diarbec, ordenó a Ulamano (como práctico del país) que con los aventureros se adelantase para asegurar la marcha encaminada a la Persia y, con poderosas tropas al cabo de cincuenta y cuatro jornadas, se acampó Solimán a la vista de Tauris. Y habiendo hallado esta plaza mal guarnecida de presidio, como no resguardada de fortificaciones, la sujetó sin ultrajar a los habitantes por conciliarse el afecto de la nación. Y pasando desde allí a Sultania (asiento antiguo de los reyes de Persia, población coronada de inaccesibles como ásperas montañas), hizo alto algunos días para reparar la gente, esperando que el rey Atamas llegase con sus tropas para darle la batalla. Pero en aquel tiempo sobrevino un viento tan impetuoso, con una tempestad tan horrible, que despedazó los pabellones y descompuso los bagajes causando grande mortandad en ellos y, en particular, en los camellos, en cuyo tiempo murieron de susto la mayor parte de los enfermos, no habiendo estado libre del riesgo el mismo Solimán porque, cerca de su alojamiento, se arruinaron muchas tiendas y le hubiera sucedido a la suya lo mismo si, en lo más oscuro de la noche (estando la tormenta en el mayor vigor), no hubiesen acudido muchos genízaros a reparar con su asistencia la seguridad de su monarca.

Fue tan sin ejemplar el impetuoso huracán, que se publicó en todo el ejército que semejante suceso había nacido de los encantos de algunos hechiceros persianos. Aconsejó Ulamano a Solimán que se avanzase a Babilonia asegurándole que, con la insinuación de generosas promesas o con la fuerza de las armas, se la arrancaría de las manos a Mehemed, persiano, que la gobernaba, cuyo suceso consiguió

como se lo había insinuado Ulamano; porque, no creyendo Mehemed que los turcos pensasen en tanta empresa y tan distante, no había premeditado el accidente para resistirse y hacer frente con la defensa al tentativo; circunstancia que le precisó a desamparar la ciudad puesto en fuga, en la cual entró Solimán triunfante.

[1535]

Y habiendo granjeado con liberalidad no solo a los magistrados, sino también a los del pueblo, se dejó coronar con las insignias reales a imitación de la antigua costumbre de los reyes persianos. Y habiéndose agrado mucho de aquel país, así por lo fructífero y lo delicioso como por la hermosura del Éufrates que baña aquellas riberas y enriquece aquel país, por las transportaciones del comercio en el continuado tráfico de ciudad tan poblada de gente, que es imposible numerarla

Corrió la voz del feliz suceso en la rendida sin oposición en semejante plaza situada en el corazón de la Persia, a cuya noticia enviaron muchas ciudades de la Mesopotamia y de la Siria embajadores a Solimán y admitieron guarniciones otomanas sin excusarse a su alojamiento para la invernada. Y en el mismo tiempo que en Babilonia se ejecutaban varios espectáculos para festejar a Solimán, se hacían en Nápoles alegres justas y torneos por la victoria conseguida de Carlos V en el África, como referiremos más adelante.

Cuanto más iba el invierno desmesurando el ceño de los rigores de la estación, tanto más deseo mostraba el sultán de llegar a las manos con Atamas, confiado en la multitud de sus tropas y en la valentía de sus soldados. Pero Atamas, conociendo la gran desigualdad, procuraba dilatar lo posible (ganando el beneficio del tiempo) el trance de la batalla por si tenía alguna ocasión oportuna en su favor. Y habiendo vuelto a Tauris Solimán, despojó la ciudad de las cosas más notables, llevando no solo algunas labores de seda y lana tejidas de oro, sino también los laborantes con sus familias y muchos esclavos de ambos sexos y de todas edades y, entre ellos, muchos de la primitiva nobleza, habiendo chupado sus milicias la más rica sustancia de aquella ciudad como sanguijuelas que solo se ceban en la sangre más pura. Y habiendo sabido que Atamas tenía bien reforzadas sus tropas de hircanos, medos y partos y que, a la testa de ellas, marchaban a encontrarle, contento con los pasados sucesos como satisfecho de los grandes despojos, decampando de la parte equinoccial se alargó de Tauris y, apenas había pasado de Coy y de las campañas de Calderan (famosas por la batalla de Selín, su padre) cuando se esparció un rumor considerable con la llegada de algunas tropas de caballería persiana que, atacando la retaguardia,

saquearon los bagajes más retardados degollando, al mismo tiempo, los turcos que podían haber a las manos. Y para enfrenar el ardor de los persas, ordenó Solimán a los bajás de Egipto y Siria que, sin suspender la marcha, cubriesen con sus tropas la retaguardia y los costados circunvalando el bagaje con dos mil genízaros, continuando los disparos, para mantener a los persas apartados. Y prosiguiendo el viaje con esta disposición, y con la operación de algunas piezas de campaña, pudieron rechazar a los persianos con algún daño.

Marchaba Solimán en la vanguardia, que había mandado dividir en tres trozos gruesos a fin de pasar a Amida, o Caramida, abundante de habitaciones, para recoger en ella lo restante del ejército. Entretanto Atamas, que aún no se había dejado ver, esperando que se minorase la turbamulta de las armas otomanas por mirarse desigual para hacerle abierta oposición y, hallándose con los socorros más distantes de sus confederados y uniéndose con los más inmediatos, descendió de la montaña con presupuesto de que, hallando en Tauris a Solimán, le vencería fácilmente, juzgándole embarazado con los despojos y entre las delicias y divertimientos de la ciudad. Y no encontrando más que las claras señas de los robos y los despojos del real palacio, como también los daños ejecutados en la ciudad, ofendido, deliberó seguirle y atacarle en cualquiera parte que le hallase, deseando fuese en los parajes de Coy.

La caballería de Atamas protestaba que, en tan dilatadas marchas, no podían llegar a medirse con el enemigo sin gran cansancio, por cuya razón se podía temer un mal suceso. Deliman Caramano, uno de los principales cabos de su campo, llamado Deli (nombre con el cual se explican los más temerarios y despreciadores de las propias vidas), presentándose a la vista del rey, le ofreció (si le daba permiso) de escoger en el ejército las tropas de su satisfacción, seguir a Solimán y atacarle de improviso sobre la marcha, con esperanzas de victoria segura entre el embarazo de los despojos y el impedimento del bagaje. Y habiendo alabado Atamas la resolución, dándole el permiso que pedía como esperanzas de grandes aumentos, llevando algunos hombres prácticos del país siguió con gran celeridad el ejército enemigo y alcanzó la retaguardia en Betalli, no lejos de las raíces del monte Tauro.

Yace esta plaza en los confines de la Persia, situada en un valle ameno, a quien riegan los desperdicios de un cristalino torrente que, precipitado de las ásperas cimas del Anti-Tauro, con aljofares guarnece la tabla de una esmeralda, en cuya elevada frente la corona de un castillo es

hermosa diadema de tan ceñudo y áspero dominio. Los dos bajás de Egipto y de Siria (que iban cubriendo la marcha) viéndose al parecer sin riesgo, y considerando que habían salido ya de los recelos en el cuidado que les habían motivado los persas anteriormente, y más con la llegada de Solimán a Amidas con su gran batallón, deseosos de reparar el cansancio entregaron al sosiego todas las desconfianzas sin memoria del peligro. Y habiendo tenido Deliman ciertos y seguros avisos del acampamento de los turcos (como de sus descuidadas disposiciones, a quienes solamente hacían espaldas algunas torpes confianzas para el logro de la mayor quietud, pues no se recelaban de accidentales contratiempos), atacó improvisamente al perezoso cuerpo de las tropas enemigas en el más oscuro silencio de la noche, que quiso apadrinar su resolución con el llanto de una continuada lluvia, cuyas lágrimas debió de verter la eclipsada luna como pronóstico triste de la fatalidad que habían de padecer las otomanas insignias. Y habiéndose dado la mano con el castellano, que atacó otro cuartel, en breve tiempo destrozaron las descuidadas escuadras sin darles tiempo para repararse, quedando en la campaña infinidad de cadáveres infieles y, entre ellos, algunos sanjacos y mucha parte de los genízaros, salvándose con la fuga Ulamano y los bajás de Egipto y de Siria. Y habiéndose rendido a discreción después un cuerpo de ochocientos soldados (que habían ocupado un puesto), se contentó Deliman con desarmarlos.

Ganaron los persas la artillería y la mayor porción de las tiendas y pabellones de campaña, dos mil caballos y mil y ochocientos camellos vivos, sin grande cantidad que mataron aquellos seranos, vasallos de Aladino, ofendidos de las opresiones turquescas, satisfaciendo con esta venganza aquellas injurias. Volvió Deliman victorioso como desvanecido a los ojos de su rey, a quien mostró la cimitarra y la maza ferrada llenas de sangre mencionando el estrago de los enemigos, que oyó muy gustoso, pagándole en demostraciones honrosas y con grandes mercedes el suceso.

Sintió Solimán sumamente la desgracia (porque no estaba acostumbrado a las pérdidas) haciendo memoria del pronóstico (prevenido antes por su madre y su favorecida, que le adivinaron el mal suceso mejor que los astrólogos) y, tomando notable aborrecimiento a la Persia, dio la vuelta a Constantinopla. Y además del sangriento estrago, se conoció en la reseña general considerable falta de caballos y camellos que habían muerto las tropas para reparo del hambre, por cuya causa se vieron muchos espahí desmontados y de la caballeriza real, que se componía de más de doscientos caballos de respeto, solo llegaron a la Corte diez y siete.

[1535]

Antes que sucediese este desastre, estaba colocado un león de piedra en Constantinopla, fuera de la puerta en la marina, y con una garra tenía aferrado a un toro que miraba a levante y observaron después que estaba vuelto a poniente. Y aunque afirmado en dos columnas, se precipitó unidamente con el toro, que se rompió una pierna, y cayó con la cabeza en el río, en el cual parecía que estaba bebiendo en cierto modo.

A cuyo espectáculo concurrió casi toda Constantinopla, atribuyendo los pueblos a un portento semejante acaso, pues naturalmente no podía haber caído por sí solo tan adelante, ni por el grande peso tampoco de fuerzas humanas expelido, cuya circunstancia les motivaba a discurrir que había sido la acción sobrenatural y que indicaba alguna mayor desventura.

Fin de la guerra de Persia y embajada de paz

Poco después de la llegada de Solimán a la Corte, arribó un embajador de Persia creyendo que no podía darle la victoria antecedente mejor fruto que la paz.

Y así, puestas las condiciones (en consulta) ventiladas y establecidas, se concluyó en ellas que la ciudad de Curs quedase deshabitada y el país cultivado de entrambas naciones. Presentó a Solimán el embajador varios regalos y entre ellos un *Alcorán*, pomposo por la riqueza de su adorno como por la labor primorosa, que recibió Solimán con grande devoción besándole con reverencia. Y habiéndole abierto (después de partido el embajador) halló en él un grano de trigo y, poniéndolo en la boca, volviendo la cara al visir y a los bajás, dijo: *Estoy obligado al ministro de Persia, que me hace conocer la diferencia que hay de comer su trigo en mi casa (entre la quietud de mi Corte) o de comerle en Persia, entre la carestía y los peligros que experimenté en ella*, haciendo alusión con el cuento de que las guerras en Persia surtieron malos efectos a la otomana monarquía.

[1535]

Entró Solimán en el serrallo por los jardines (cuyos tránsitos había hecho Ebraín alfombrar con paños de oro) y, apenas pisó la estancia de las mujeres, cuando la envidia (compañera indivisible de la felicidad) empezó a romper impetuosamente en malos oficios contra el visir (a modo de mina) los impetuosos estruendos de una desaprobación en lo sucedido, a que acompañaron las vivas quejas de los más principales bajás (que aborrecían la absoluta independencia del favorecido) y, unidos con las mujeres del serrallo (cuya autoridad estaba inferior y desairada en comparación de la del visir), influyeron en la madre de Solimán para que le acordase el pronóstico antecedente, diciéndole:

¿No te dije yo, hijo mío, que las guerras en Persia fueron siempre azarosas y acompañadas de malos sucesos, o por mala disposición del viaje o por la falta de mantenimientos, que enflaquecieron siempre las armadas otomanas?

Acaloraba estos malos oficios también en las confianzas nocturnas la Rosa, porque aborrecía a Ebraín como amigo de Mustafá, primogénito de Solimán, que era el único obstáculo que se oponía al deseo que tenía la Rosa de ver en el solio a Selín, su hijo (aunque menor que Mustafá, hijo de Circasa) y, alternando sollozos y quejas lisonjeras, le dijo *que tenía particulares noticias de la poca seguridad del visir y que conspiraba contra su vida quien le empeñaba en tan grandes peligros y que parecía, en la grandeza y autoridad, competidor más que vasallo del sultán, pues por aventurarle le había aconsejado la guerra de Persia para desviarle del daño que podía hacer a los cristianos, con quienes se correspondía secretamente por el dinero que le daban. Y que se divulgaba haberle cogido algunas cartas que le convencían en la correspondencia que tenía con los ministros de Carlos V, a que añadía que él había hecho degollar y arrojar a la mar a Marcos de Nicolo (mercante veneciano) porque no se descubriesen las negociaciones ocultas que habían pasado por su mano. Y que había hecho destrozar a Andrea Quirini, gentilhombre veneciano, que de orden suya había suministrado guías y dineros a un embajador de Carlos V, que pasaba al rey Atamas, con negociaciones para moverle contra la Porta y a ofrecerle dineros y artillería para este efecto, cuyo homicidio mandó ejecutar porque no pudiese aclararse su maldad.*

Pero como aquello que es corruptible no es durable, se vio Ebraín a 15 de marzo en la Corte y a 16 no hubo de él noticia alguna pues, habiéndole roto el pescuezo, echaron después el cuerpo en la mar para alimento de los peces.

En el mayor colmo de las felicidades que gozaba en la gracia de Solimán, le había suplicado muchas veces que dejase de ser con él tan espléndido dispensador de sus gracias porque conocía que, a tan grande altura (según los varios movimientos de la fortuna), no podía dejar de encontrar fácilmente con el precipicio y arruinar con la caída el mal fundado edificio de su vana elevación, a cuyas representaciones le respondió siempre Solimán asegurándole con juramento y palabra real que no caería de su gracia en cuanto viviese por ningún accidente que le sobreviniese. Pero descubiertas las maquinaciones mencionadas, pretendió Solimán no haber faltado a su palabra haciéndolo ahogar durmiendo, por consejo del muftí, que le insinuó diciendo que, si el sueño no era muerte efectiva, era a lo menos el tiempo que duraba una verdadera copia sacada de aquel original.

Esparcida en el pueblo la noticia de aquella novedad en forma de tumulto, corrió a la plaza donde (después de las victorias de Hungría, le habían erigido algunas estatuas en demostración de memoria de honor) la multitud las hizo pedazos. Muerto Ebraín, se levantó el sultán con sus tesoros sin dejar a la mujer y a los hijos más que lo que bastase a sustentarlos honradamente.

Los ministros Otomanos que ejercitan los cargos principales como visires, generales y financieros, no hay duda en que comen mucho, pero también es cierto que no se les convierte siempre en sustancia el manjar porque el sultán suele darles, de cuando en cuando, unas bebidas provocativas que les hace echar las entrañas, volviendo lo que han comido. También experimentó la fortuna de Ludovico Griti (que dependía de Ebraín) la última ruina y, establecida la mencionada paz de Hungría con patentes de Solimán, pasó a Moldavia y a Valaquia y de allí se avanzó a Transilvania, en donde acalorado del visir y con el apoyo de las fuerzas turquescas, pensaba establecer el dominio, y solo supo fabricar la sepultura.

Entró en esta provincia con mil genízaros, dos mil espahí y diversos valacos, moldavos y algunos húngaros, enemigos sediciosos de Emerico Cibaco, obispo de Varadino, que por el rey Juan ejercitaba aquel gobierno. No gustaba el obispo de la hermandad de los húngaros con los turcos y deseaba que las confianzas del rey con Solimán tuviesen fin alguna vez.

[1535]

Y miraba también con odio al Griti (aunque era cristiano) por la tenaz unión con que se estrechaba con los infieles, de quienes no solo gozaba la protección, sino también el afecto y la estimación del rey de Hungría, a quien estaba sujeta aquella provincia. Y así, deliberó disimuladamente rendirle aquellas demostraciones aparentes de honor y cortesía que se debían a la dignidad, para lo cual salió con doscientos caballos a recibirle. Pero cuando el cumplimiento llega tarde, nunca se agradece, por cuya razón (instado de los enemigos del obispo) introduciéndole en su alojamiento, le quitó la vida. Y habiéndose divulgado en la provincia la fama de tan atroz asesinato, se armaron los pueblos inmediatamente y, unidos con las milicias, cerraron con las armas los pasos de las salidas de la provincia. Y viendo el Griti semejante demostración, se retiró al castillo de Medies con esperanza de preservarse hasta que llegase el socorro que había pedido al rey Juan, pero los húngaros que tenía consigo, faltando a su obligación, desquiciaron de noche una puerta para que entrasen los sitiadores, que degollaron a los turcos que se les opusieron. Y habiendo preso al Griti con dos hijos suyos,

le condenaron (porque fuese más sensible el castigo) a cortar los brazos por la mañana, los pies al mediodía y a la noche la cabeza. Y habiéndole desnudado, le encontraron en los calzones una cajita de joyas (en cuyo conocimiento era peregrino) de valor de cuatrocientos mil escudos. Los parientes del obispo asistiendo a su muerte, respirando venganzas, tiñeron los penachos (que llevaban en los bonetes) en la sangre de su enemigo. Y es cierto que la crueldad turquesca se derrama y pega en los circunvecinos pueblos como si fuese un mal comunicable o una peste contagiosa. Los dos hijos se entregaron a los moldavos, de quienes recibieron tratamiento no menos bárbaro.

Nació Ludovico Griti en Constantinopla en tiempo que su padre (con el pretexto de comerciar) se entretenía en aquella Corte, donde le hubo en una esclava turca y poseía además de la lengua turca, la italiana y la griega. Profesaba lindas, pero no buenas letras. Y en el estudio de Padua había aprendido la mezcla de algunas ciencias, pero ninguna con sólido fundamento. No había memoria en aquel tiempo, ni ejemplar, de que algún cristiano hubiese llegado a poseer tanta confianza con los ministros de la Corte otomana. Y la intrínseca comunicación que tenía con Ebraín, le había acreditado con Solimán de modo que se daba por bien servido de él. Y no fiándose el visir de los turcos (por saber que eran sus enemigos declarados), ponía todas sus dependencias y confianzas en las manos del Griti haciendo la mayor estimación de sus dictámenes, que miraba acreditados como seguros a sus intereses y contrapesados con juicio. Y así, le ayudaba con la representación y con las obras, aplicando el mayor cuidado en las fatigas, para que el visir tuviese menos trabajo en tan pesada ocupación.

Hízose conocer en la defensa de Buda soldado de valor, como de opinión, en las disposiciones y vivía con esperanzas de que, muerto el rey Juan, (reducido el reino a provincia) quedaría encomendado a su disposición aquel gobierno. Habíanse incorporado en su dictamen con aplicación las máximas violentas de los Otomanos y aquellas artes, que había aprendido en la cruel escuela de Constantinopla, como más naturales y ajustadas al genio de su bastardo nacimiento, cuyas circunstancias fueron costumbres cultivadas de una mala constelación, que influye en semejantes abortos el ánimo para caminar siempre por las torcidas sendas de la desestimación. Pero, en este sujeto, lo extraviado de sus fortunas le abrió el paso para la sepultura, donde le estaba esperando la eternidad.

Son los favorecidos de los monarcas, agricultores de sus Cortes que siempre cultivan y recogen cuando alguna improvisa tempestad no les quita los frutos antes que lleguen a madurarse. Habiéndose divulgado

en Constantinopla la prisión del Griti (aunque no su muerte), escribió Solimán una carta al rey Juan tratándole de ingrato, con amenaza de que entraría en sus dominios para arruinarlos a sangre y fuego si no le restituía la libertad, a la cual intentó el rey satisfacer asegurándole que estaba inocente en el delito y que se había originado de una casualidad irremediable. Pero con la muerte de Ebraín (que era el fundamento que mantenía su fortuna), se arruinó el modo de conservar su exaltación, pues no quedaron en la memoria de los vivientes ni aun las menores señas de las ruinas de su autoridad.

[1536]

Carlos V reacciona contra Túnez y Barbarroja

En el mismo tiempo (que con afortunados auspicios había dominado a Tauris y a Babilonia, Solimán, internándose en la Persia), se apoderó Barbarroja (como dijimos) de Túnez, La Goleta, Bona y Bicerta y sus dependencias, cuyo ruidoso estruendo se percibió en España con enfado del emperador Carlos V, que deliberó extinguir aquel incendio antes que levantase más la llama. Y habiendo recibido a un embajador del desposeído Mulease, le ofreció con generosa resolución favorecerle y conquistarle el reino de Túnez. Y habiendo comunicado con Su Santidad el intento deliberado, aprobó el pontífice el empeño concediéndole las décimas del clero para los gastos, mandando también armar doce galeras que gobernaba Virginio Ursino, a quien entregó el estandarte de la religión para que acompañase al emperador Carlos V, enviando también la espada al Doria para animarle a la empresa.

Juntóse en Cerdeña la armada, que se componía de doscientos navíos, noventa galeras y grande cantidad de embarcaciones menores, llegando el número de todas a más de trescientas velas. Y queriendo el emperador hallarse en persona a tan gloriosa empresa, partió de Madrid acompañado de la primera calidad de la Corte. Y embarcándose en Barcelona con mucha nobleza y, entre ella, el infante don Luis de Portugal, su cuñado, el príncipe de Sulmona, el de Macedonia, los duques de Alva y Medinaceli, el marqués del Vasto y otros sujetos de gran consecuencia napolitanos, sicilianos, milaneses, tudescos y flamencos, zarparon del puerto siguiendo a Carlos V diez y siete mil españoles, siete mil alemanes, seis mil italianos, dos mil caballos ligeros y setecientos hombres de armas, cuyo número componía un cuerpo de más de treinta mil combatientes de satisfacción, a quienes mandaba el César (que prohibió el embarco de las mujeres, como también el de los hombres que no fuesen experimentados en el manejo de las armas) a fin de que los pecados no entibiasen la divina protección en favorecer las armas cristianas. Hizo también que los cabos persuadiesen a los soldados ordinarios

a vivir ajustadamente a los preceptos de la ley de Dios, resignándose enteramente a su divina voluntad, que es la más segura prevención para lograr las victorias contra los infieles.

[1536]

Embarcado, pues, el César, navegó con viento favorable hasta dar fondo en Puerto Fariña (donde antecedentemente tuvo el aviso Barbarroja de la salida de la armada, admirándose de que Carlos V se aventurase a los irremediables peligros de la mar) y habiendo dado orden que, desembarcada la gente inmediatamente, embistiesen a la Torre del Agua, cerca de La Goleta, tres leguas de Túnez, cuya fortificación consistía en una fábrica antigua bastionada a la moderna de fuertes defensas y resistentes reparos, en donde forma la mar un canal (no lejos de ella) en que se ensancha un estero o laguna (que es el único camino para pasar a Túnez), que se llama La Goleta porque forma una garganta que ciñe estrechamente la entrada, tan fortificada por los costados que la juzgan los moros incontrastable a la mayor expugnación.

Desembarcaron las tropas a fuerza de mosquetazos no sin alguna oposición de los moros, vencidos de los españoles y, tomando tierra, hicieron espaldas a los demás para el desembarco. Y acampado el ejército con regular aritmética, llamó el César a junta de guerra para obrar como mejor pareciese; en la cual hubo consejeros que votaron que inmediatamente se atacase a la Torre (antes que la pudiesen presidir los moros) por parecerles más fácil la expugnación. Otros tuvieron por más conveniente que se reconociese primero el país para lograr con más fruto la interpresa. Y habiéndose apoderado algunas tropas cristianas de un lugar la tierra adentro poco más de una legua y tomado noticias del enemigo de algunos prisioneros, se resolvió formar el campo sobre La Goleta para dar principio a las operaciones del trabajo, en que igualmente se comparte la fatiga y el peligro. Y en cuanto los cristianos habían gastado el tiempo en la asolación del país, vigilante Barbarroja, hizo salir de Túnez seis mil turcos escogidos a la obediencia de Sinán de Esmirna, llamado el Judío, y de Aydino Caramano, ambos corsarios de gran satisfacción, los cuales se introdujeron felizmente en la Torre del Agua. Y quedándose él en Túnez con seiscientos turcos, ordenó a Azanaga Eunuco que, con treinta mil moros, ocupase la campaña junto Olivero (dos leguas distante del ejército cristiano) procurando hacer todos los daños que la coyuntura les ofreciese, pues se hallaba La Goleta bien proveída de artillería y de lo que convenía para la defensa.

[1536]

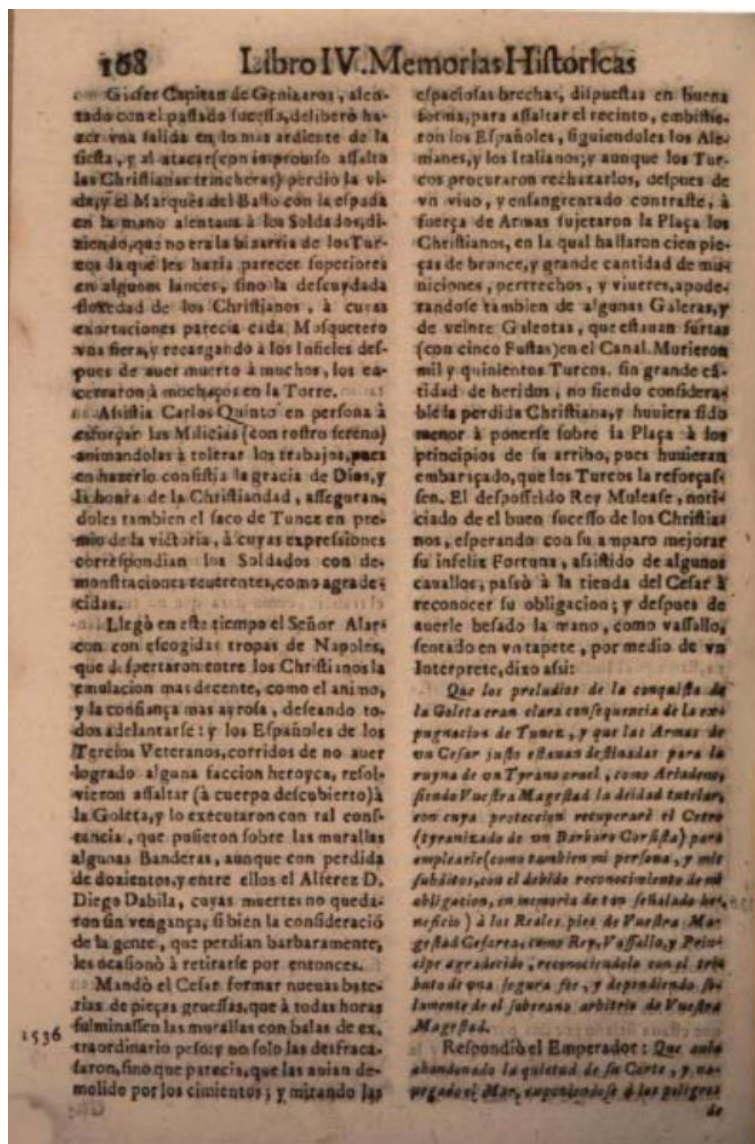
Hallábanse en esta plaza y en la de Túnez veinte y cinco mil esclavos cristianos, muchos de Barbarroja, y los demás habitantes. Y pareciéndole que estaba sitiado por dos partes, la una con el interno embarazo de estos y la otra con las armas del César, propuso a sus consejeros degollar los esclavos por el riesgo que podían ocasionar, como también para que la sangre vertida de ellos inundase el campo de los sitiadores por si el horror que podían percibir de aquel estrago servía de alguna defensa. Y opuestos los demás a este dictamen con razones eficaces, dijeron que los esclavos podían servir en el trabajo de las fortificaciones; pero el estímulo que más les hizo contradecir la resolución fue el interés (que es el más eficaz retórico para la persuasión) por cuanto a los dueños de ellos se les recrecía notable daño y, más, cuando los rescates importaban un tesoro, sin las presas que hacían de cristianos, con los cuales armaban de remeros las galeras para el corso, cuyo fruto llegaba a ser grande conveniencia. Y todo esto se perdía con su muerte, por cuya causa embarazaron la deliberación.

Nueve días gastó el César en acamparse con seguridad, aunque de La Goleta hacían grandes salidas para divertir el trabajo, como para que no tuviesen quietud aquellas tropas con el cansancio; pero vigilantes (en cumplir con su obligación) ejecutaban milagros allanando imposibles con la aplicación. Y poco después, embistió Saleco al trabajo de los italianos y el conde de Sarno, su cabo, por asistir a la defensa con gran generosidad, perdió la vida. Y desamparando el puesto, tuvieron tiempo los infieles de separar (del cadáver) la cabeza y la mano derecha y retirarse a la plaza, de donde enviaron la cabeza y la mano del conde a Barbarroja en señal del afortunado suceso.

Agradecido Ariadeno a la demostración, animó con ofertas a los del presidio para que se mantuviesen con honra y valor por ser aquel puesto de tan grande importancia pues, perdiéndose, quedaba la puerta abierta para la entrada de Túnez sin remedio, donde se podían experimentar más sensibles consecuencias.

Giafer, capitán de genízaros, alentado con el pasado suceso, deliberó hacer una salida en lo más ardiente de la fiesta y, al atacar (con imprevisto asalto las cristianas trincheras), perdió la vida; y el marqués del Vasto, con la espada en la mano alentaba a los soldados diciendo que no era la bizarría de los turcos la que les hacía parecer superiores en algunos lances, sino la descuidada flojedad de los cristianos, a cuyas exhortaciones parecía cada mosquetero una fiera y, recargando a los infieles después de haber muerto a muchos, los encerraron a mochazos en la torre.

Asistía Carlos V en persona a esforzar las milicias (con rostro sereno) animándolas a tolerar los trabajos, pues en hacerlo consistía la gracia de Dios y la honra de la cristiandad, asegurándoles también el saco de Túnez en premio de la victoria, a cuyas expresiones correspondían los soldados con demostraciones reverentes como agradecidas.



Llegó, en este tiempo, el señor Alarcón con escogidas tropas de Nápoles que despertaron entre los cristianos la emulación más decente, como el ánimo y la confianza más airosa, deseando todos adelantarse. Y los españoles de los tercios veteranos, corridos de no haber logrado alguna facción heroica, resolvieron asaltar (a cuerpo descubierto) a La Goleta. Y lo ejecutaron con tal constancia, que pusieron sobre las murallas algunas banderas, aunque con pérdida de doscientos y, entre ellos, el alférez

don Diego Dávila, cuyas muertes no quedaron sin venganza, si bien la consideración de la gente que perdían bárbaramente les ocasionó a retirarse por entonces.

[1536]

Mandó el César formar nuevas baterías de piezas gruesas que, a todas horas, fulminasen las murallas con balas de extraordinario peso. Y no solo las desfracasaron, sino que parecía que las habían demolido por los cimientos. Y mirando las espaciosas brechas, dispuestas en buena forma para asaltar el recinto, embistieron los españoles, siguiéndoles los alemanes y los italianos. Y aunque los turcos procuraron rechazarlos, después de un vivo y ensangrentado contraste, a fuerza de armas sujetaron la plaza los cristianos, en la cual hallaron cien piezas de bronce y grande cantidad de municiones, pertrechos y víveres, apoderándose también de algunas galeras y de veinte galeotas que estaban surtas (con cinco fustas) en el canal. Murieron mil y quinientos turcos, sin grande cantidad de heridos, no siendo considerable la pérdida cristiana. Y hubiera sido menor a ponerse sobre la plaza a los principios de su arribo, pues hubieran embarazado que los turcos la reforzasen. El desposeído rey Mulease, noticiado del buen suceso de los cristianos, esperando con su amparo mejorar su infeliz fortuna, asistido de algunos caballos pasó a la tienda del César a reconocer su obligación. Y después de haberle besado la mano como vasallo, sentado en un tapete, por medio de un intérprete, dijo así:

Que los preludios de la conquista de La Goleta eran clara consecuencia de la expugnación de Túnez y que las armas de un César justo estaban destinadas para la ruina de un tirano cruel como Ariadeno, siendo Vuestra Majestad la deidad tutelar, con cuya protección recuperaré el cetro (tirанизado de un bárbaro corsista) para emplearle (como también mi persona y mis súbditos, con el debido reconocimiento de mi obligación en memoria de tan señalado beneficio) a los reales pies de Vuestra Majestad cesárea como rey, vasallo y príncipe agradecido, reconociéndolo con el tributo de una segura fe y dependiendo solamente del soberano arbitrio de Vuestra Majestad.

Respondió el emperador: *Que había abandonado la quietud de su Corte y navegado el mar, exponiéndose a los peligros de la guerra, a fin de vengar las injurias que le había hecho Barbarroja y restituir en el dominio a un rey expulso de la violencia, que nunca se cansa de pisar la razón, y que haría todo el esfuerzo posible para abatir a su enemigo para alivio suyo.*

Despidióse el rey Mulease con más gravedad de aquella que permitía

su abandonada fortuna y, puesto a caballo, manejó la azagaya a vista del ejército haciéndose comprender ejercitado en la forma de pelear de su nación. Y pasando después a su alojamiento, disputó con algunos astrólogos sobre el movimiento de los cielos como de la constancia y variedad de las estrellas, según la doctrina de Aberroes. Y habiéndole visitado el duque de Alba y los demás cabos del ejército, les insinuó que tenía deseo de ver la disposición del acampamento. Y habiéndole conducido, observó su regular formación atendiendo con particular reparo al aparato de la artillería, mostrando deseo de mezclarse y medir la lanza con los rebeldes en lo más sangriento del choque, en caso de que se pelease en campaña abierta. Y discurrió largamente sobre el sitio, el modo y la más fácil circunstancia para avasallar a Túnez.

Barbarroja, advertido del mal suceso de La Goleta por un renegado judío (que tuvo forma de huirse de aquella plaza), sin desmayar el ardiente corazón salió de Túnez con cinco mil turcos y más de cuarenta mil moros y, alentándolos para la batalla, les dijo así:

Que de todas partes de la religión mahometana marchaban considerables tropas para socorrerlos unidamente con los árabes y los moros. Y que una ardiente constancia mantendría en segura libertad la patria, imitando la antigua bizarría de los africanos, sus progenitores, que garbosa y obstinadamente resistieron a todo el poder romano en tantas ocasiones.

Y presentando la batalla al emperador, puso en buena disposición las bárbaras tropas; y recorriendo Carlos V los escuadrones cristianos a caballo por entre las bien formadas filas, animaba a los soldados (con blandas y discretas palabras, pronosticándoles la seguridad de la victoria) y, expresándoles su obligación en pelear por la fe de Dios, por la honra de las naciones, con unos bárbaros más feroces que experimentados en la militar tarea y que no hiciesen caso de los rumorosos aullidos de su costumbre, pues nunca mordían con riesgo los perros que ponían su conato en ladrar mucho. Y correspondiendo todos con aplauso y veneración a las persuasiones imperiales, manifestaron en las caras el valor, en las palabras la obediencia como la prontitud en las manos.

Combatían los infieles en ordenanza espaciosa huyendo unas veces y, volviendo (en el furor de la carrera) las caras los caballos, hacían frente a los cristianos y, dando las cargas con particular destreza, se recobraban en las escaramuzas cuando parecía que, con la fuga, abandonaban la campaña. Y los españoles caminando unidos con paso lento en cerrados batallones,

guarnecidos de mangas de mosquetería, resistían el bárbaro furor con destrozo considerable. Y habiendo don Ferrante Gonzaga muerto con su propia mano a un capitán berberisco, descompuso una gran tropa de infieles, con muerte de muchos, apresando en este lance tres piezas de artillería, cuya pérdida les obligó a retirarse precipitadamente a la ciudad, en cuya fuga mataron el caballo a Barbarroja que, habiendo montado en otro a toda prisa, se salvó en el castillo.

[1536]

Y pareciéndole que no se hallaba seguro a la vista de los veinte y cinco mil esclavos mencionados (que amarrados a las cadenas suspiraban, deseando recobrar la libertad perdida), volvió (con nuevas instancias) a proponer su muerte poniendo fuego en los baños, donde estaban encerrados; pero, disuadiéndole de esta resolución Sinán Cefut, judío renegado (con la representación de cuán mal recibida sería de Solimán tan cruel demostración, no siendo inclinado a tan bárbaras ejecuciones) y, más, cuando aprisionados con el pesado yugo de los eslabones, no habían cooperado en ser instrumentos de su perdición y, no habiendo cometido el delito, era sinrazón darles un severo castigo. Y no teniendo efecto su deseo, salió del castillo y en la mezquita mayor de la ciudad (con una práctica ardiente) encargó al pueblo la defensa de la plaza, en cuanto salía en persona a solicitar socorros y medios para volver con prontas asistencias a defenderlos. Pero apenas había salido del castillo, cuando algunos criados suyos cristianos renegados (y entre ellos Francisco de Medellín, español, y Vicencio de Cataro, llamado Iaferraga), compadecidos de los esclavos, desenceparon algunos de las prisiones y estos a los demás de las cadenas. Y ocupando el castillo se apoderaron de las armas como de la artillería y, arbolando una bandera blanca para que entendiese la armada imperial la sublevación, participaron por este medio la novedad, que asombró a los de Túnez y, amedrentados con esta circunstancia como entorpecidos con el contratiempo, no acertaron a encontrar las armas pero, animándolos Barbarroja, se recobraron para intentar (con blandura) sosegar a los esclavos cristianos y después reducirlos con la fuerza a la entrega del castillo. Pero ellos respondían a sus persuasiones con mosquetazos, injurias y piedras; y comprendiendo desesperada la materia en aquellas operaciones, habiendo recogido sus tesoros Barbarroja, salió aceleradamente de la plaza encaminándose a la ciudad de HHipona, ilustre por haber sido su obispo San Agustín.

Encaminóse el marqués del Vasto a la puerta del castillo con algunos oficiales, a quien recibieron los cristianos esclavos con gran veneración, entregándole el castillo. Y siguiendo este ejemplar mismo los magistrados de la ciudad, rindieron las llaves

al emperador, quien los admitió con grande humanidad logrando tan grande empresa con tan poca sangre. Y habiendo suplicado al César la seguridad de las vidas y las haciendas, no pudo conceder la súplica por haber empeñado la palabra de permitir el saco a los soldados. Murieron en el desorden de los accidentes personas de todas edades y trece mil moros, que se habían retirado a las mezquitas, quedaron en cautiverio, persuadiéndose algunos historiadores a que después del saco de Roma, fuese este el más copioso de riquezas. No hubo soldado ordinario, ni marinero, que no aumentase su fortuna con el botín y con el dinero por ser Túnez el almacén de las presas del corso. Y, así, hubo conveniencias grandes para todo el ejército y hasta la chusma de las galeras llenó sus tanchos de cuanto hallaron capaz de poder llevar abordo.

Sintió el rey Mulease con ternura el estrago ejecutado en los suyos, aunque afectó lo contrario con externas demostraciones. Vendían los soldados los esclavos a muy poco precio y el rey Mulease, por dos ducados de oro, rescató de las manos de un marinero una dama a quien había favorecido antes de haber salido fugitivo de Túnez. Dio el César gracias a Dios por el feliz suceso y, encaminándose al castillo, le recibieron los esclavos cristianos procesionalmente, precediendo en los puestos los más ancianos y prosiguiendo los demás según la edad de cada uno. Agasajólos el César y, mandando que los vistiesen, los remitió a sus patrias con toda benignidad. En medio de sus desgracias, Barbarroja (en Hipona) no quedó por eso abandonado de los suyos, pues con mayor fineza le asistieron con las haciendas. Y habiendo comprendido que en la fuga consistía su libertad, y que no se contentarían los cristianos sin solicitar haberle a las manos para oprimirle y despojar a tan rico avariento, sacando con toda celeridad de las aguas catorce galeras y algunas fustas, no perdió tiempo en aprestarlas, como en mover el terreno en el círculo del estaño, que guarneció de artillería para tener tiempo (manteniendo el puesto) de embarcarse con las más escogidas tropas de sus armas. Y considerando los imperiales lo mucho que importaba embarazarle el designio, intentaron impedirle la fuga para terminar la guerra, pero al quererlo poner en ejecución Adán Centurión, genovés, ya había zarpado Barbarroja, con que se preservó del peligro.

Llegó Andrea Doria con la armada (inmediatamente al arribo de Centurión con sus escuadras) para acalorarlo, a cuya vista se rindió Hipona, que mandó saquear; y sacando el presidio turquesco, puso en su lugar guarnición imperial considerando lo mucho que importaba aquel puesto porque no pudiese volver a él Barbarroja. Consiguió, el emperador, esta empresa en veinte y seis días; y volviendo a poner en el solio

a Mulease (con obligación de reconocerle el alto dominio con toda fidelidad y de pagarle de anual tributo dos halcones y dos caballos), entregó la custodia de La Goleta a don Bernardino de Mendoza; y poniendo las proas a Sicilia, desembarcó en aquella isla, pasando después a Nápoles, en cuyos reinos le aclamaron con pompa solemne como triunfante. Y si como la empresa fue fácil, hubiera sido durable, no hay duda en que tocara la línea de la mayor gloria el suceso, pero nuestras victorias nunca han sido firmemente estables porque sabemos mejor conquistarlas que mantenerlas, siendo los enemigos más prontos en recuperarlas que los cristianos en defenderlas.

Salió Barbarroja de Hipona y se recobró en Argel, donde hizo cortar la cabeza a Ramadán Baecio (renegado, castellano de Túnez) porque no tuvo en segura custodia los esclavos, después de lo cual reforzando su armada de todo lo necesario, dejando encargado aquel gobierno a su hijo (debajo de la tutela de Saleco), largando las velas a un viento favorable zarpó de Argel. Y bañando los ferros en las aguas de Puerto Mahón, puso estandartes cristianos para engañar a los habitantes, en cuya confianza Gonzalo (capitán de un navío portugués que estaba en aquel puerto dado fondo) reconociendo los estandartes y creyendo ser la armada imperial, hizo el saludo con bala (estilo ordinario con las personas reales) y solo conoció el engaño cuando se vio abordado; y aunque tarde, procuró defenderse con gran valor pereciendo con todos los suyos, por último. Dio orden Barbarroja que disparasen la artillería a las murallas del castillo experimentando gran constancia en los paisanos, pero gran temor en el castellano que, a pocas insinuaciones, le rindió la fuerza salva la vida, pero no la cabeza, pues se la mandó cortar como a traidor Martín de Idurren, virrey de aquella isla.

Puso a los habitantes, Barbarroja, en cadena con orden que los llevasen al África, naciendo esta desgracia, como otras, de no haberse podido asegurar de él en Hipona. Pero nuestras fortunas son las más veces desgracias que labran nuestro descuido y nuestra flojedad para mayor tormento. Imitó en esta ocasión Ariadeno a la vulpeja que, habiendo escapado del lazo en que estuvo oprimida, olvidando el riesgo, volvió a ejercer su natural rapiña.

Solimán va sobre Arabia y la India

También la Arabia feliz padeció infelicidades acosada de las armas otomanas, cuyo aparente pretexto fue que algunos arcabuceros portugueses (maestros de artillería) hubiesen servido al rey Atamas en las guerras antecedentes de la Persia, pero lo más verdadero fue que la empresa de Indias (meditada antes por Camson, soldán de El Cairo, con la fábrica de grande armada

en el mar Rojo, sin tener efecto alguno) la tuvo Solimán por fácil (acostumbrado a vencer las mayores dificultades) persuadido de que no hallaría obstáculo que se opusiese a su designio, teniendo esperanzas de que los reyes indianos olvidarían los propios ídolos por abrazar las dogmas mahometanas, y que no serían capaces de resistir aquellos pueblos el que sus armas se dilatasen en todas las provincias más remotas de aquellos dominios, así por la gran fuerza que tenía, como por ser emperador de tanto crédito. Y así ordenó a Solimán eunuco, bajá de Egipto, que emprendiese tan importante conquista para cuyo efecto juntó siete navíos en Cambaya, tres en Malabare y setenta y dos saicas grandes, en las cuales embarcó dos mil genízaros, y siete mil turcos de la turba inferior. Y porque los marineros cristianos se quisieron excusar en obedecer la orden con algún pretexto, hizo degollar el bajá en su presencia doscientos, cuyo horroroso ejemplar obligó a los demás a obedecer sin replicar al precepto tirano.

Avanzóse la armada a Camarán y, de allí, pasó a Cebid. Y navegando el estrecho, dio fondo en Aden, después de lo cual envió a decir a aquel rey que, por la buena correspondencia que tenía con la Porta, se complaciese de no serle avaro de bastimentos cuando él sería espléndido en la paga, haciendo también instancias que señalase en aquella ciudad un cuartel para la curación de algunos soldados enfermos de la armada otomana. Y así, la piedad (por ser de una misma secta) como el respeto de la atención a un monarca temido, persuadieron al incauto rey a conceder la súplica.

[1536]

Cuatro de los más fuertes llevaban en un colchón a un fingido enfermo, cuyo acha consistía solamente en la inextinguible sed de ampliar los dominios y, con esta traidora mañosa política, introdujeron en la plaza más de quinientos soldados escogidos en los colchones, donde llevaban las armas ocultas sin que el pueblo pudiese hacer recelo de aquella circunstancia disfrazada, cuyo ardid les franqueó el paso para lograr el intento como también para apoderarse de una puerta de la ciudad, por la cual introdujeron considerables tropas. Después de lo cual, envió el bajá a decir al rey que pasase a la capitana para comunicarle una orden secreta de Solimán y, recelándose el rey de algún contratiempo, procuró excusarse con pretextos disimulados; pero, atacando los Otomanos el palacio, le sacaron por fuerza de él y le condujeron a la capitana, donde reprendiéndole el bajá la inobediencia, le hizo ahorcar en una entena. Cuando no les sirve bien a los turcos la piel del lobo en algunas ocasiones, saben valerse de la de la vulpeja con más astucia para el mejor logro de los sucesos.

Reducida, pues, sin sangre a la obediencia del sultán la importante plaza de Aden (conquistada con las armas del engaño), aunque tenía el bajá orden de la Porta para expugnar a Goa, le pareció más conveniente emprender la fortaleza de Diu. Y poniendo las proas en aquellas playas, mandó desembarcar algunos genízaros que, introducidos con unos rebeldes del país, tomaron noticias seguras del modo con que se habían de portar para avasallar el reino de Cambaya (que los turcos no gastan el tiempo en conquistas de poca consideración, queriendo que las empresas satisfagan los gastos procedidos del armamento y que las ganancias se logren con sobresalientes usuras) y, atacando el castillo de Rumeu, a las primeras amenazas de la artillería (por la debilidad del recinto) se rindió cobardemente el castellano Pacheco con las condiciones de salvar la persona y la hacienda. Pero el bajá, diciendo que en el pacto expresado no se había hecho mención de la cabeza, la mandó separar del cuerpo, dando a entender que no había faltado a lo ajustado.

Y después de haber puesto guarnición en el castillo y lo necesario para su defensa, sitió por mar y por tierra al castillo de Diu, cuyo presidio, unido a los habitantes, con ardiente vigilancia cumplían con su obligación en la defensa reparando las ruinas (que hacían las baterías) con traveses y cortaduras, asistiendo a estas operaciones las mujeres, en competencia de los más esforzados militares. Y descarnada la muralla como demolido el terraplén a las violencias del bronce, permitió a los turcos alguna disposición para asaltar la no dilatada brecha en que perdieron más de quinientos hombres.

Y no pudiendo lograr más que muchas muertes, aplicaron el mayor conato en colocar en lo más descollado de un cerro alguna artillería, con la cual damnificaban a los sitiados. Y habiendo conseguido dilatar más la brecha, se esforzaron para el segundo empeño, intentando conseguir lo que no habían podido lograr en el primero y, duplicando el asalto con valentía, encontraron la misma resistencia que antes y no menor daño, por lo cual cansados y llenos de sangre, como faltos de vituallas y temerosos de que llegase el socorro del rey don Juan de Portugal (que se componía de nueve navíos gruesos), se retiraron con tanta prisa que abandonaron quinientos heridos y parte de la artillería.

Consistía el socorro en siete mil portugueses y, deseando el rey engrosar con mayor número de gente las tropas, publicó un indulto en que perdonaba a todos los que en el reino estaban condenados al suplicio por delitos con calidad que fuesen a servir contra los infieles en aquella armada, para lavar con la sangre las manchas del mal proceder en la muerte o para enmendar los errores cometidos, viviendo con mayor estimación.

Embarcáronse todos los condenados en un navío y, apenas tocaron las movidas olas del golfo cuando, impelido el mar a los violentos soplos del aire en promontorios de espuma, parecía montaña de líquidos riscos por donde se despeñaba la esperanza perdida arrojada de las mismas ondas del peligro, en cuya confusión, siguiendo aquella fortuna (separado de los demás este navío), debió de tomar puerto en el abismo, pues nunca se tuvo noticia de él, motivando este suceso a que se discurriese que aun Dios no permitió, para defensa de su causa, que asistiese a ella gente teñida en la sangre cristiana por los homicidios y maldades que habían ejecutado, disponiendo con justos juicios no penetrados que fuese el mar ejecutor de su divina justicia.

Retirados los infieles sin concluir la comenzada empresa, se recobró la isla (que no pudieron conseguir los enemigos) y, contentos con la empresa de Aden, cargados de botín y de esclavos, se volvieron a la Turquía.

[1540]

De nuevo la cuestión de Hungría

El ocio de la paz en la Hungría y, mucho más, la solicitud de aquellos varones (que seguían la facción del rey Juan), impresionó en su ánimo deseos de tomar estado, cuya mañosa insinuación no era de conveniencia alguna para el reino, por cuanto estaba muy arraigada la división entre los varones y damnificaba esta turbación los intereses de la Hungría, porque atendían al fin particular aquellos que deseaban conservar su fortuna, la cual no podían mantener en caso que se mudasen las dependencias del rey, temiendo quedar odiados y desposeídos de Ferdinando por haber seguido la contraria facción en quien (faltando la posteridad a Juan) recaía la corona.

Ajustóse el tratado matrimonial con Isabela, hija de Segismundo, rey de Polonia y, concluidas las bodas, se celebraron con públicas demostraciones, terminando estas festivas alegrías en desabridas desconfianzas por tener el rey sospechas de que vacilaban en la fidelidad Esteban Maylato y Emerico Balasio, a quienes había encomendado el gobierno de la Transilvania, en donde procelosamente movían los alterados ánimos para una tempestuosa sublevación contra su soberanía, habiendo enviado persona a Solimán ofreciéndole tributo por aquella provincia para lograr, con esta demostración, el consentimiento y desmembrarla de la Hungría (como en otros tiempos lo estuvo con el nombre de reino de Dacia) y mantenerse incorporada a su monarquía, protegida de sus soberanos dictámenes. Pero como estaban mal vistos ambos sujetos de la Porta por haber cooperado en la muerte de Ludovico Griti, no hallaron sus representaciones abrigo en el genio

de Solimán ni calor para alentar su traición, pues remitió al rey Juan las cartas que mencionaban la maldad. Y viéndose descubiertos, temiendo no hallar clemencia en el rey, intentaron (por mano de Tomás Nadasti) pasarse al partido de Ferdinando con la oferta de poner en su obediencia la Transilvania, reduciéndola a obedecer las leyes austriacas, valiéndose (para esta alteración) del odio que los pueblos tenían al rey por las gruesas imposiciones que les había repartido para pagar a los turcos el tributo de cada año, sembrando también entre los mal contentos la cizaña de las voces que aseguraban que la mayor sustancia de la Hungría pasaba como raudal a estancarse en el canal de Constantinopla y que el rey, dependiente del otomano, no se aplicaba a minorar la opresión de los vasallos con algún alivio por engrasar con estas sustancias a los infieles, sacándolas de la más viva sangre de las venas sin considerar el desmayo que postraba al descaecido aliento del reino, por cuya razón intentaban con belicoso ardor negarle la obediencia y librarse de tan pesada cadena.

Estas circunstancias conmovieron con facilidad el vulgo (porque semejantes expresiones traen siempre en la frente las señas del peso de los agravios) y, con facilidad, dio principio a la sublevación. Noticiado de esta novedad el rey (dejando encargado el gobierno del reino a la reina Isabela y a los barones de su mayor confianza), marchó en persona (con las tropas que pudo juntar) la vuelta de la Transilvania en donde, con su llegada, confundidos los sediciosos (por no tener fuerzas para resistirse en campaña) buscaron con la fuga el retiro para su seguridad.

Encerróse el Maylato en la plaza de Forgatz con el dinero y las joyas de infinito valor que había quitado al Griti y, el rey, por asegurarse de él, puso sitio a la plaza. Y cuando con más valor procuraba la expugnación, resolvió (por conquistar la voluntad de aquellos vasallos) aliviarlos de las más pesadas contribuciones. En este tiempo, llegó un correo con aviso de haber parido la reina un hijo, cuya novedad se solemnizó con salvas generales de artillería y mosquetería, sin dejar de banquetearse espléndidamente en todo el ejército; pero, como las alegrías viven en los confines inseparables de la melancolía y de la tristeza, habiendo nacido una controversia entre dos caballeros transilvanos y, queriendo el rey (sentado en el tribunal) decidirla o componerla, acometido de un accidente imprevisto (que le privó del sentido) le llevaron a su alojamiento donde, en breve tiempo, expiró en edad de cincuenta y tres años. Fue príncipe (en la mayor fortuna) desgraciado, pues apenas ocupó el solio cuando, competido de otro segundo rey, le disputó el dominio con desolación de la Hungría. Los barones le pusieron en la silla y le arrojaron de ella casi en un mismo tiempo desacreditando la nación,

pues si no le pertenecía el reino no deberían entregársele. Y elegido una vez, era sinrazón desesperarle con el precipicio. Y así él, por buscar justicia, recurrió al tribunal de la mayor impiedad, no siendo mucho que errase el camino cuando le guiaban dos ciegos que eran el desdén y la ambición.

Ocultaron a los sitiados su muerte porque no se deshiciesen los tratados de la entrega empezados a manejar que, finalmente, se concluyeron. Nombró el rey en su testamento por tutor del único hijo a Solimán, monarca de los turcos, dejando encomendado el tierno corderillo al lobo de oriente, arriesgándole al peligro de su voracidad.

Fin del Libro Cuarto.

